



no juguéis con los gangsters

Kelltom McIntire



SS

SERVICIO SECRETO



KELLTOM McINTIRE

NO JUGUÉIS CON LOS «GANGSTERS»

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.201

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 24.147 - 1973
ISBN 84-02-02513-7
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: agosto, 1973

© KELLTOM McINTIRE - 1973
Texto

© DESILO - 1973
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483. - La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

584. - Cockery Row a las ocho.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.199. - Los muertos pueden matar.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

988. - Pasaporte al más allá.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

48. - Del temple de los héroes.

CAPÍTULO PRIMERO

El encargo me resultó antipático desde el primer momento.

Si hubiera sabido sus consecuencias, por supuesto que lo hubiera rehusado por encima de todo.

Al decir por encima de todo me refiero explícitamente a tres cosas importantes.

La primera puede sustanciarse diciendo que jamás me ha gustado llevar a una mujer a la cárcel.

La segunda tenía mucho que ver con mis escasas y poco cordiales relaciones con el Departamento de Policía. Un teniente de la Metropolitana y yo habíamos chocado a propósito de un asunto que no viene a cuento.

La tercera se refería ni más ni menos a que mi cuenta en el Banco presentaba un saldo negativo, escrito en rojo, naturalmente.

Debía al Banco mil doscientos dólares. Y no ignoraba, siendo detective, que los Bancos acaban cobrando siempre, por las buenas o por las malas.

Míster Malcolm Teade me llamó el viernes por la noche y me esbozó el asunto.

—Se trata de una discoteca situada en Marine Lane. Ya sabe usted cómo son esos sitios, Madison. Luces que le vuelven loco a uno, música estridente, contorsiones... A veces, incluso marihuana u otros alucinógenos. ¿Me escucha, Madison?

—Puede usted seguir hablando, si se refiere a eso, míster Teade. —Le animé, haciendo una mueca dirigida al teléfono.

—Al grano, Madison. —No logré saber si se había amoscado—. Tengo una hija de veinte años. Se llama Ruby. Tiene el cabello trigueño, y en mi opinión es una guapa chica. Hace pocos días la sorprendí en compañía de un hombre maduro. Un tipo bien parecido, debo reconocerlo. El capitán Haynes, del Departamento de Homicidios, al que consulté, hizo una pequeña investigación.

Acaba de llamarme; el hombre que acompaña a Ruby se llama Walter Playdon. Está fichado. Se dedica a la corrupción de menores, a la prostitución, a...

Una seca tos asaltó a mi comunicante.

Me pregunté si estaba suficientemente disgustado como para sufrir aquel acceso o bien se debía a algo casual.

—¿Le ocurre algo, míster Teade? —pregunté con suavidad.

—Ejem... Ya pasó, Madison. Hágase cargo. Me encuentro en un dilema. Ruby acabó sus estudios universitarios. Es licenciada en Filosofía, experta en lenguas orientales... Yo jamás llegué a terminar mis estudios en la escuela secundaria. Se ha vuelto independiente, rebelde. Temo que si le llamo la atención, desaparezca de casa. En alguna ocasión me amenazó con abandonar el hogar y marchar a Europa. Incluso me acusó de ser un tipo anticuado y... burgués.

—¿Qué es lo que quiere de mí exactamente, míster Teade? —me atreví a interrumpirle.

—Espere a que termine de explicarle la situación. Sí prohíbo a Ruby que siga saliendo con Playdon, reaccionará violentamente. Es capaz de marcharse sabe Dios dónde. Por eso quiero mantenerme al margen... en lo ene quepa. Esa discoteca... Creo que se llama Sangri-Lah, no pude ser otra cosa que un antro de corrupción. Quiero que averigüe la identidad de su propietario. Y ene busque pruebas contra Playdon.

—Pero ¿qué espera lograr con eso? —pregunté.

—¿Cómo...? ¿No acierta a adivinarlo? Si obtiene esas pruebas se las entregaremos al capitán Haynes y encarcelaremos a Playdon. Se le desprestigiará. La Prensa aireará el caso, junto con los demás medios de divulgación. Mi hija no podrá seguir viendo a ese hombre y le olvidará fácilmente. O, al menos, eso espero. ¿Qué contesta?

Me tomé tiempo para pensarlo.

La verdad es que no soy un héroe, aunque las circunstancias me hayan empujado a veces a adoptar decisiones heroicas.

—Déjeme reflexionar, míster Teade. ¿Está de acuerdo en que le llame mañana a primera hora?

El carraspeo que llegó a mis oídos significaba impaciencia.

—Está bien, si ése es su deseo. —Contemporizó Teade—. Es una

pérdida absurda de tiempo. Discúlpeme, Madison, pero comprenda que estoy deseando resolver este problema.

—Le comprendo, míster Teade. ¿Adónde le puedo llamar mañana?

—Siete, noventa y ocho, noventa y siete —indicó. Y cuando comprobó que yo había tomado el número correctamente, añadió —: Puede llamarme después de las nueve. Estaré en mi oficina hacia esa hora.

—Bien, míster Teade. Le llamaré.

Fumé un cigarrillo mientras pensaba en el asunto.

Desmenucé sistemáticamente todos los datos que Malcolm Teade me había suministrado.

El asunto era difícil. Se trataba de encerrar a un maleante. Y de paso encontrar pruebas de delito contra un negocio, la discoteca Sangri-Lah.

Habitualmente prefiero dedicarme a trabajos menos peligrosos, debo reconocerlo.

Teade había hablado de prostitución. Donde hay prostitución hay bellas mujeres, que, de una forma u otra, pueden resultar perjudicadas por una investigación radical.

Y yo, Duke Madison, amo a las mujeres. A todas.

Pero existía algo que había quedado perfectamente impresionado en mi oído. Míster Teade había hablado de ello al principio de nuestra comunicación.

—Le pagaré bien, tanto si tiene éxito como si no, aunque, razonablemente, sus honorarios serán mucho más elevados si encuentra lo que busco, Madison. ¿Qué tal si empezásemos hablando de cinco mil...?

—¿Dólares? —había preguntado yo con el corazón en la boca.

—Exactamente. Cinco mil dólares para usted como recompensa. Aparte de ello cubriré diez dólares diarios y todos sus gastos durante el tiempo que trabaje para mí.

Pensé en los mil doscientos dólares de saldo negativo en el Banco. Me había descuidado el comprar el «Mustang» del setenta y uno. Y he aquí las consecuencias: si no rellenaba rápidamente con dinero aquel descubierto me vería desprestigiado y procesado. Tal vez, incluso iría a la cárcel, aunque aquella perspectiva me preocupaba menos.

Me inclinaba a aceptar la propuesta de míster Teade. El suyo era un motivo noble, honorable. Quería proteger a su hija de las zarpas de un seductor profesional.

Teade había hablado de sus empresas, de su oficina... Había que deducir que Teade era un hombre de negocios, rico e importante, puesto que incluso se codeaba con oficiales de policía, como el eternamente malhumorado capitán Bill Haynes.

Arrugué el entrecejo al recordar a Haynes. Ni él simpatizaba conmigo, ni yo le dedicaba una especial devoción.

Descolgué el teléfono y marqué el número de la redacción del *First Post*.

Jim Johnson contestó al otro lado un segundo después.

—Ah, eres tú, Duke. ¿Qué tripa se te ha roto? —preguntó, «amablemente».

—Tu úlcera empieza a rebelarse, ¿eh? —contesté en el mismo tono—. Necesito saber quién es Malcolm Teade.

Gruñó algo entre dientes. Y luego me dijo lo que sabía:

—Hay un Teade en la dirección de la National Steel. También conozco a otro dedicado a la exportación de aparatos electrodomésticos, aunque ahora mismo no recuerdo sus nombres. El tuyo debe ser uno de ellos. Ahora no sigas haciendo preguntas necias y déjame terminar mi editorial.

Colgó.

Como quiera que su información concordaba con la personal impresión que Teade me había dado por teléfono, me di por satisfecho: Teade era rico e influyente.

Alrededor de las nueve abandoné la habitación del hotel Burbank, que me servía de recibidor y oficina. Clive Edwards, el dueño del hotel, me permitía trabajar allí en pago a cierto servicio que le presté hace unos dos años.

Salí a la calle.

Mientras encendía un cigarrillo y daba una ojeada a la Prensa en el puesto de periódicos cercano, se me ocurrió la idea de que tal vez Jeff Bunny Halpin pudiera decirme algo acerca de la discoteca Sangri-Lah.

Jeff tenía míos cuarenta años y hacía un poco de todo: seguros, agente de ventas de una fábrica de instrumentos musicales, empleado de pompas fúnebres...

Su apodo —Bunny^[1]—, lo debía a sus labios salientes y a sus largos dientes, semejantes a los de un roedor.

Jeff Halpin correteaba por todas partes y era un verdadero anuario viviente. Y ello era lo que me interesaba.

Le encontré media hora después en la cervecería Grünig. Jeff me vio desde la barra y vino hacia mí con una enorme jarra de cerveza en la mano.

—¿Tienes los cincuenta que te dejé la semana pasada? —Me disparó a bocajarro—. No te los hubiera pedido, Duke, pero me encuentro escaso de fondos y...

—Bonita forma de saludar a un viejo amigo, Jeff —le interrumpí, tomando su intacta jarra de cerveza y vaciándola en unos segundos—. Está bien, te devolveré tus cincuenta y te daré otros cincuenta más sí...

—Sólo quiero mi dinero. —Gruñó Bunny, recuperando con un manotazo airado la vacía jarra—. Cincuenta dólares.

—Mañana tendrás cien —aseguré, con aquella seguridad que me vale para convencer a tipos como Jeff—. Pero necesito alguna información. Se trata de una diseca llamada Sangri-Lah. Creo que está por Marine Lane. ¿La conoces?

Supe que la respuesta era afirmativa sin necesidad de escuchar sus palabras.

—¿Sangri-Lah? —exclamó Bunny—. Por allí huele a podrido, aunque cualquier consumición valga tres dólares. No me gusta.

—¿Qué es lo que sabes? Puedes ganar cincuenta dólares con mucha facilidad. —Le animé.

Me llevó a un rincón, componiendo una mueca de desconfianza.

—Estuve allí hace un par de semanas. Fui a venderles un lote de aparatos estereofónicos, pero me despidieron con cajas destempladas cuando intenté escurrirme hasta el despacho del propietario. ¿Sabes una cosa? Me pareció reconocer en una salita apartada a Jack Marquand. En el fondo, pienso que esa discoteca no es más que la fachada de un club de forajidos... —Marquand—murmuré, pensativo. —¿No te equivocas, Jeff?

—Sabes que no suelo fallar. Recuerdo millares y millares de rostros con sólo verlos una vez. Era Marquand.

Silbé admirativamente.

Marquand era un famoso *gangster*, perseguido por los

G-men.

Un *gangster* a la moderna, de los que se instalan en una planta del más lujoso rascacielos y disponen de cerebros electrónicos para llevar a cabo sus chanchullos.

Recordaba muy bien que Marquand había sido acusado de un grave delito. Había pruebas que le señalaban como cerebro instigador del asesinato del fiscal federal Weston Admory.

Marquand logró escapar cuando ya los federales habían rodeado el edificio en que vivía, el Paralayd Building.

Previamente, el *gangster* había rociado con nafta todas las instalaciones de la planta veinticuatro, con lo que estuvo a punto de suceder una terrible catástrofe.

Mientras los

G-men

solicitaban urgente ayuda de todos los parques de bomberos, Jack Marquand había escapado fácilmente: un pequeño helicóptero le esperaba en la terraza superior. Así, oculto por la negra humareda procedente de la planta veinticuatro, Marquand escapó sin recibir ni un solo rasguño.

Estaba comprobado que Marquand no se detenía ante nada con tal de conseguir sus fines.

En el incendio del Paralayd Building perecieron cuatro personas y se puso en peligro la integridad de todo el edificio.

Pensando en todo ello, me vi a mí mismo capturando a Jack Marquand, inmovilizándole con una presa de judo y rodeado por centenares de periodistas que disparaban sus *flashes*.

—¿Qué hay del dinero? —preguntó fríamente Bunny Halpin, devolviéndome a la desagradable realidad.

—Te lo traeré mañana, Jeff. Pero antes dime: ¿conoce al dueño de la discoteca? —pregunté.

—Es muy fácil. Lo pone a la entrada en un cartel: Dietario, Walter Playdon —respondió Bunny. Y se separó de mí, dirigiéndome una mirada por encima del hombro.

CAPÍTULO II

El teléfono repiqueteó a la mañana siguiente sobre mi mesilla de noche.

Miré el reloj. Eran casi las once.

—¿Madison? —preguntó alguien.

Inmediatamente reconocí la voz de Malcolm Teade.

—Lo siento, señor Teade. Anoche me acosté muy tarde. Me dormí —me disculpé.

—No llegará muy lejos si se comporta a menudo de esta forma, amigo mío —me recriminó Teade, con tono adusto—. ¿Y bien, ha tomado una decisión? Le ruego que no me haga perder el tiempo. El mío vale mucho dinero.

Carraspeé, malhumorado.

—Tranquilícese, señor Teade. Voy a ocuparme de su caso. ¿Quiere que siga a su hija?

—Prefiero que se dedique a obtener pruebas contra, Playdon. Y también contra ese antro de vicio llamado Sangri-Lah —respondió secamente mi interlocutor.

—Está bien. Para que vea que he empezado a moverme, le diré que el propio Playdon figura como propietario...

—No lo creo. Si es así es que existe trampa. ¿Cree que un hombre que posee suficientes ingresos se dedica a comprometer a jovencitas adineradas?

Lo que Teade decía no carecía de razón.

—Lo comprobaré, señor. Por cierto, necesito...

—¿Dinero? —preguntó Teade, perspicaz—. Pregúntese al encargado de recepción del hotel Burbank si ha llegado algo en el correo. Le entregarán un sobre certificado. Dentro hay mil dólares. Como adelanto. El resto cuando termine el trabajo. No deje de telefonarme. Quiero que me informe de todos sus movimientos. ¿Conformes?

Dije que sí, aunque mi mal humor había aumentado... Me desagradaba el tono terminante de Teade.

No hay que decir que en cuanto colgué el auricular, volví a descolgar y me comuniqué con recepción.

Como el encargado era el mismo Clive, el propietario, no fue necesario anunciarme.

—Hay un sobre para ti, Duke. Te lo enviaré con el botones —dijo.

Un momento después rasgaba el sobre y contaba los diez billetes de a cien dólares.

Era hora de tomar un aperitivo, pero dominé mi hambre y marqué el número de Ted Kinley, mi cuñado.

En cuanto escuchó mi voz, debió ponerse tenso e incluso adoptar una mueca severa, sin tener en cuenta que yo no podía verle.

—Escucha, Duke. Es hora de que pongas orden en tus cosas. Estuve hablando con míster Arlington, el administrador del Banco. Gracias a mi han aceptado esperar una semana. Si el próximo miércoles, exactamente, no ha quedado compensada tu deuda, no podré hacer nada por evitar que vayas a la cárcel.

—Pero... —empecé a decir.

—¡A la cárcel! —repitió Ted—. ¿No crees que eso será un deshonor para ti y un golpe doloroso para tu hermana?

Sonreí.

Aunque las noticias de Ted no eran como para confortar mi espíritu, yo no tenía ganas de llorar.

Por otra parte, tampoco consideraba un deshonor haber calculado mal la cuantía de mi saldo en el Banco.

En cuanto a Gladys, mi hermana, me conocía lo suficiente como para no sufrir por mi causa.

—Escucha, Ted —dije cuando mi cuñado se hubo desahogado a su capricho—. Podemos llegar a un acuerdo. ¿Qué tal si voy enjugando esos mil doscientos entregando al Banco doscientos mensuales?

Me envió inmediatamente a... Pero no sería muy correcto repetir punto por punto sus palabras.

En cualquier caso, no había arreglo. Si no quería ir a la cárcel, el miércoles siguiente debería cancelar mi descubierto.

—Bueno, Ted. Dejemos eso. Tengo trabajo. Voy a ganar cinco

mil dólares —anuncié, optimista.

Mi cuñado ensayó una risita irónica muy semejante al aullido de un lobo.

—No me dejaré engañar una vez más... si estás pensando en pedirme mil doscientos dólares —dijo al final.

—No voy a pedirte eso. —Respondí fríamente—. Sólo pretendo que me prestes tu tomavistas. Eso es todo.

—No sé si confiar en ti. Podrías empeñarlo...

Después de una dura batalla verbal, conseguí que se aviniese a confiarme su magnífico tomavistas japonés.

Ted lo había comprado con el fin de filmar el vuelo de los pájaros a la caída de la tarde, por lo que el aparato disponía de un objetivo super sensible, que permitía tomar película con muy poca luz.

A mediodía fui a Sunset, almorcé con mi hermana y recogí el aparato.

El resto de la tarde lo invertí en acoplar el tomavistas dentro de la caja de un amplificador, de forma que pudiese disimular el objetivo y ponerlo en marcha a voluntad desde fuera.

Cuando me hube convencido de que mi artilugio funcionaba bien, eran las nueve de la noche.

Me encasqueté un viejo sombrero de fieltro, me calé unas gafas oscuras, adherí un bigote postizo a mi labio superior y me trasladé en taxi a Marine Lane.

No me decidí a utilizar mi veloz «Mustang» por si alguien me veía llegar a Marine Lane. Hubiera resultado muy extraño que un vendedor utilizase un automóvil deportivo caro.

Debo reconocer que sentía un leve malestar en el estómago cuando penetré en la discoteca. Si descubrían que yo no era más que un puerco espía, no podía esperar que me tratasen con paños calientes.

Tuve que pagar un boleto de dos dólares a la entrada. Por lo demás, Sangri-Lah era una discoteca como cualquier otra, a excepción de que la música era menos chillona y las luces más cegadoras.

Había una gran pista central, las paredes estaban recubiertas con moqueta celeste y al fondo había un gran mural que, de forma muy vaga, podía representar un idílico valle entre montañas.

Como el soñado Sangri-Lah de la ficción.

En el bar, instalado en un entrante, a la izquierda, se servían cócteles alcohólicos. A la derecha, una escalera estaba señalada: «*Toilette*».

Vi en la barra, sirviendo a unas jovencitas parlanchinas, a tres apuestos barmen con pinta de galanes cinematográficos.

En la pista, muchachos y muchachas se movían sinuosamente sin la menor gracia.

Había ojos muy brillantes, grandes ojeras, párpados hinchados. Pero hoy es casi normal que los jóvenes fumen diariamente varios cigarrillos de marihuana o kif.

Me acerqué a la barra y puse mi aparato sobre el mostrador.

Uno de los elegantes «galanes» se acercó a mí.

—No voy a tomar nada. Me llamo Murphy, de la Fono-América. Quisiera mostrar al dueño nuestro nuevo amplificador electrónico, con modulación automática. Una pequeña maravilla, amigo — empecé a decir, confiando en que no tuviera que mostrar lo que contenía la caja plástica del amplificador.

Enseguida noté cómo el Paul Newman aquél cambiaba de expresión. Para empeorar, claro.

—No necesitamos nada. Las instalaciones están completas. Además, no es hora de recibir a vendedores ambulantes. No hay nada que hacer, amigo —respondió el tipo, incisivamente.

—Oh, ustedes no conocen nuestra fabulosa oferta de discos rebajados. Sólo para discotecas. Tenemos lo último del mercado. Una ganga. —Seguí diciendo, como si no le hubiese oído.

—Lárguese —murmuró el otro—. Tenemos un par de hombres encargados de arrojar de aquí a tipos como usted.

Callé como un muerto.

—Está bien, no insistiré —dije apagadamente—. Sírvame un *whisky* doble; lo necesito después de este fracaso, amigo.

Me lo sirvió. Mientras sostenía el vaso con una mano, accioné la palanca que asomaba por una ranura de la caja y puse el tomavistas en marcha, dirigido hacia la pista.

En aquel momento se produjo un cierto tumulto.

Tuve que girar el aparato levemente de forma que tomase la figura de la jovencita que acababa de brotar por la escalera, gritando escandalosamente.

Dos hombres surgieron también de la escalera de servicios y agarraron a la muchacha.

A duras penas conseguían sujetarla, pues la chica se encontraba en pleno paroxismo histérico.

Me bastó observar aquel rostro tenso y demacrado para comprender que estaba drogada hasta las heces.

Con la mano derecha accioné el objetivo de forma que tomase el rostro de aquella muchacha en primer plano.

El alboroto subió de intensidad. Los alaridos de la infeliz muchacha estremecían la sala, a pesar de que alguien había elevado considerablemente el volumen de la música.

Algunas muchachas rodearon a la chica, que se debatía en el suelo. Luego, los dos corpulentos individuos que habían llegado tras ella consiguieron dominarla y prácticamente la arrastraron hacia abajo.

Un elegante caballero de unos cuarenta y cinco años apareció en la pista.

Según la descripción que Teade me había hecho de él, se trataba de Walter Playdon en persona.

—Sentimos este incidente, amigos. Nuestra amiga debió beber una copa de más y se ha sentido indispuesta. Pueden seguir divirtiéndose. La atenderemos perfectamente —dijo Playdon, con una sonrisa untuosa.

La música volvió a subir de tono. Aprovechando el momento, detuve el tomavistas, dejé un billete de cinco dólares en la barra y me dirigí a la puerta.

Debió ser la intuición lo que me obligó a buscar la puerta de servicio en cuanto me vi en la calle.

Tiré al suelo un cubo de basura en el callejón próximo, me golpeé las espinillas y procuré ocultarme, agachado, tras una pila de envases vacíos.

Empezaba a quedarme frío cuando unos faros iluminaron el callejón.

Me pegué al muro y aguardé. Curiosamente, mis dientes comenzaron a castañetear entonces.

La puerta de servicio se abrió un momento después. Inmediatamente enfoqué el tomavistas.

Dos hombres aparecieron en la puerta. Aterrado, comprobé que

llevaban en brazos a una mujer... ¡La misma jovencita histérica que había causado el alboroto en la discoteca!

Los dos individuos demostraban tener una prisa poco usual. Uno de ellos levantó la tapa del maletero, el otro introdujo el cuerpo de la chica en el hueco.

Estuve allí, dominando mi ansia por escapar, hasta que los dos hombres volvieron a entrar y el automóvil desapareció.

—Extraña forma de hacer viajar a una persona —murmuré cuando detuve el tomavistas.

Poco después detenía un taxi y volvía a Sunset. Ted tenía un pequeño laboratorio de aficionados y tal vez lograrse convencerle para que me revelara la película.

Le obligué a trabajar hasta la una de la madrugada. Entonces Ted puso la película en su proyector y silbé admirado al comprobar la nitidez de los fotogramas.

Al día siguiente, el cuerpo de la muchacha apareció flotando en el lago. Aunque el rostro estaba desfigurado, su figura y sus vestidos coincidían con la chica del Sangri-Lah Discotheque.

Se llamaba Fiorella Tavami, dato que la policía había conseguido tomando sus huellas necro-dactilares.

Fiorella Tavami estaba fichada por ser aficionada a las drogas.

Por desgracia para ella, había muerto al administrarse una exagerada dosis de heroína.

Sólo entonces pude evaluar la importancia de mi reportaje cinematográfico.

Aquella película iba a levantar ampollas a Walter Playdon, el elegante aventurero.

Malcolm Teade no podría quejarse de mi trabajo. Aquel pequeño rollo de celuloide bien valía los cinco mil dólares.

Sin embargo, no me puse en contacto inmediatamente con Teade.

Una idea me rondaba la cabeza: la de comprobar si era cierto que Jack Marquand utilizaba la discoteca como refugio.

Como quiera que había ido a Sangri-Lah con gafas, bigote y un sombrero ocultando mis cabellos discretamente crecidos, no habría peligro en volver allí.

Fue una decisión peligrosa. Muy peligrosa.

CAPÍTULO III

Al anochecer me vestí mi mejor traje entallado y peiné mis cabellos de forma que cayesen discretamente sobre la frente.

Bajo mi chaqueta, un jersey rojo de cuello alto contribuía a darme un aspecto joven y desenfadado. Lo necesario en un lugar como la discoteca Sangri-Lah.

Poco después penetraba en el garaje de Sam Temple y ordenaba que sacasen mí «Mustang 71», plata y negro.

Por desgracia, no pude evitar encontrarme con Sam en la cabina de la puerta.

—Son diez dólares por la estancia del último mes, sin contar éste, Duke —dijo, extendiendo la mano.

—Vale la pena depositar su confianza en los amigos —dije, con sarcasmo. Y tiré sobre la tabla de su ventanilla dos billetes de a cinco.

Conduje despacio, gozándome en dirigir mi poderoso, cacharro. A las nueve y media me detuve ante la cervecería Grünig. Busqué a Bunny Halpin.

Tenía una regular borrachera y casi me miró con cariño cuando apoyé una mano en su hombro.

Le quité la jarra de la mano y la apuré, con lo que empezó a murmurar gangosas maldiciones.

Sin embargo, cuando puse un billete de cien en el bolsillo superior de su sobada americana calló como un muerto y abrió unos ojos como platos.

Estaba murmurando palabras de agradecimiento, cuando alcé la mano en ademán de despedida.

—La agencia Madison paga hasta el último centavo —dije, alegremente. Y me marché.

Hacia las diez de la noche mi coche se detenía en Marine Lane. Por un momento temí que la discoteca hubiera cerrado. Pero no

había acertado: la taquilla estaba abierta y el negocio funcionaba como siempre.

Entré.

Había más gente que el día anterior. Los mismos «galanes» de sonrisa estereotipada atendían la barra.

No quería tentar a la suerte, de modo que rodeé la pista y me senté en una mesita.

Una camarera bien dotada de piernas se acercó a mí poco después. Pedí un *whisky* doble con hielo y puse cara de hastío.

Sin embargo, vigilaba constantemente la escalera que llevaba a los servicios.

¿Por qué no hacer una incursión en aquella dirección?

Ya estaba decidido a levantarme, cuando algo lo impidió.

Una jovencita se había acercado a mi mesa.

Era guapa. Tenía unos ojos grandes y expresivos, aunque sus facciones demostraban cansancio.

Había un rictus de desilusión en sus labios. Por lo demás, la muchachita no podía pedirle nada más a la madre Naturaleza.

Vi unas piernas estupendas que se exhibían muy por encima de las rodillas, unas caderas firmes, cintura armoniosamente estrecha y...

Se había inclinado hacia mí y me mostró, quizá sin proponérselo, su «y». Un magnífico busto capaz de marear a un hombre entero.

—Se aburre, ¿verdad? —dijo. Y me maravilló oír su bien modulada voz.

—No se puede decir que esto sea el paraíso —dije, simulando un bostezo. Pero la miré con cortesía, e invité campechanamente—: Siéntate.

No se ofendió por mi rápido tuteo. En el ambiente de una discoteca no es extraño tratar con familiaridad a todo «quiqui».

—¿Por qué no bailamos? —propuso ella de repente—. Soy Jenny.

—¿Por qué no? —Retruqué—. Yo soy Duke.

Salimos a la pista.

Afortunadamente, visito muy a menudo el gimnasio y mi forma física es buena.

Afortunadamente... porque con la vuelta del «rock» al mundillo

musical, cinco minutos en una pista de baile suponen un desgaste considerable del organismo mejor desarrollado.

Sudaba ligeramente cuando propuse a Jenny que volviésemos a la mesa y tomásemos un *whisky*.

—Lo siento. Tienes que darme el *ticket* —dijo.

—No lo tengo —dije—. Se me olvidó sacar una de esas tiras. En realidad, no pensaba bailar.

Sonrió.

—Bien, no te preocupes. Con la consumición estará compensado. ¿*Whisky* para dos?

Asentí. Jenny alzó dos dedos en dirección a una camarera. Poco después nuestras bebidas estaban sobre la mesa.

Aunque la contemplación de la bella Jenny me atrajese, en mis planes no entraba mostrarme muy locuaz.

—¿Esto es todo? —dije al cabo de unos minutos—. Creí que habría más ambiente...

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

La miré de los pies a la cabeza, con intención. Debió emprender, porque sus músculos faciales se tensaron levemente.

—Eres como todos, Duke. Había pensado... Pero no importa. Sí, hay mujeres fáciles. Pero yo sólo bailo o tomo una copa...

—De té frío —dije, señalando su «*whisky*».

—Te las sabes todas, ¿eh? Si quieres llamaré a Katie. Es una rubia muy atractiva.

—¿No hay «yerba»? —pregunté, de pronto.

Tardó algún tiempo en contestarme. Parecía muy nerviosa.

—No. Tendrás que buscar en otro sitio. ¿Llamo a Katie?

Rehusé con un gesto. Hacía unos minutos que un extraño aroma flotaba sobre la mesa.

Súbitamente, tomé a Jenny por los hombros, la atraje hacia mí sin brusquedad y la besé en los labios.

La bofetada que esperaba fulminante no llegó a mi cara.

Sin embargo, la expresión despreciativa de los ojos de Jenny era más dura que el castigo físico.

—Mentiste cuando me dijiste que no se fuma «yerba» aquí, Jenny —dije, mirándola fijamente para observar su reacción—. Tu aliento huele a marihuana y tus ojos están demasiado brillantes.

Una leve palpitación en sus labios fue todo lo que pude advertir.

—Tal vez yo haya fumado marihuana. Pero no podrás adquirirla aquí, sabueso. Porque tú eres un «poli», ¿no es cierto?

Lancé una carcajada divertida.

—Nada más absurdo, pequeña. Los «polis» no visten trajes de trescientos dólares, como el mío. Está bien, Jenny. No quiero disgustarme contigo. La «yerba» podré comprarla en otro sitio.

Noté su mirada fija en mí.

—Eres un hombre guapo, atlético, atractivo... —murmuró, mirándome de pies a cabeza—. ¿Qué es lo que va mal dentro de ti, Duke?

Me sentí confuso.

—¿Qué quieres decir? —respondí, para ganar tiempo.

—Está claro: nadie que esté satisfecho de la vida intenta consolarse con las drogas —aseguró, con tristeza.

La miré con simpatía. Lo que acababa de decir no cuadraba con su rostro ingenuo, aniñado.

Saqué cigarrillos para los dos, los encendí y puse uno en sus labios.

—Oye, oye... Eso que acabas de decir parece muy sensato. Pero ¿qué hay de malo en fumar un «petardo» de cuando en cuando?

—Es mejor no empezar, Duke —dijo, con lentitud—. Después... no se puede uno detener.

Se me ocurrió de pronto lo que dije a continuación.

—Me gustas, Jenny... ¿qué?

—Jenny-Ann Jasper —dijo ella, con sencillez.

—Cada vez me gustas más. Podrías decirme muchas cosas. Como, por ejemplo, los motivos de tu afición a las drogas. Escucha, vivo en una confortable *suite* de hotel. Puedo encargar una cena para dos. Me agradaría mucho charlar un rato largo contigo. Sin obligaciones posteriores —terminé, con intención.

Me miró. Sus ojos reían levemente.

—La discoteca cierra a las doce, Duke. Tendrás que esperar más de una hora aún. Y el ambiente no parece satisfacerte.

A pesar de ello, me manifesté dispuesto a aguardarla.

—Tengo que dejarte, Duke. Playdon acaba de hacerme una seña. Quiere que justifique mi sueldo bailando. ¿Te importa?

—No. Te esperaré aquí —aseguré, sonriente.

No había hecho más que levantarse, cuando un desconocido la

abrazó por la cintura y la arrastró a la pista.

Me mordí los labios. ¿Iba a sentirme celoso?

Poco después me ponía en pie y me dirigía a la escalera de los servicios.

CAPÍTULO IV

Descendí los peldaños silbando levemente.

Abajo me encontré en un pasillo de unos diez metros.

Dos puertas, una enfrente de la otra, correspondían a los servicios para damas y caballeros.

Al fondo, al final del pasillo, había otra puerta marcada con una palabra: «Privado».

Me detuve en el pasillo y recurrí al conocido sistema de entretenerme en encender un cigarrillo, con el fin de disponer de unos segundos más para observar.

Durante el tiempo que había permanecido en la mesa, en la agradable compañía de Jenny-Ann, yo no había perdido de vista la escalera ni un segundo.

El resultado de mi observación era muy curioso: varias chicas y algunos caballeros habían descendido por la escalera de servicios... Pero ni uno de ellos había vuelto al cabo de unos minutos, como hubiera sido lógico.

Alguien bajaba la escalera en aquel momento. No tuve más remedio que empujar la puerta del lavabo de caballeros para no hacerme sospechoso.

Exponiéndome a que me dieran con la puerta en las narices y me temaran por un descarado sinvergüenza, aproximé mi oído a las planchas de madera y dejé entreabierta la puerta en una rendija estrecha.

La silueta de la jovencita pasó rápidamente ante mis ojos.

Pero no se detuvo ante el lavabo de señoras, sino que anduvo hasta la puerta señalada con la palabra «privado» y golpeó discretamente en ella.

Incluso pude oír perfectamente la secuencia de los golpes: dos muy rápidos y tres espaciados.

No podía ver bien aquella puerta en mi ángulo de visión. Pero sí

escuché la voz de la muchacha.

—¡I love Ibiza!^[2]. —Fueron exactamente sus extrañas palabras.

La puerta se abrió y la muchacha desapareció al otro lado.

«I love Ibiza», repetí para mí.

¿Qué podía significar aquello, sino una frase convenida, es decir, una consigna?

Ni siquiera había reflexionado en lo arriesgado de lo que iba a hacer, cuando salí del lavabo y me dirigí a la puerta del fondo.

Golpeé dos veces con rapidez y otras tres más espaciadas.

La puerta se abrió.

Un individuo alto y corpulento. —Uno de los que hablan dominado a Fiorella Tavami la noche anterior—, me miró con curiosidad.

—¡Love Ibiza! —dije con seguridad. Y me permitió pasar.

Quedé admirado.

Me encontraba en un pasillo tan blanco y aséptico como el de un hospital. Había muchas puertas a izquierda y derecha.

La primera de la derecha permanecía abierta. A través de la puerta, se ofreció a mis ojos una salita como las que los médicos emplean para pasar su consulta.

El hombre que me había abierto la puerta me empujó suavemente hacia allí.

Entré.

Mi asombro iba en aumento. Dentro de aquella habitación había una mesa metálica, una autoclave, una mesa de operaciones, un armario-fichero y un botiquín.

Sentados a la mesa, había un hombre y una mujer rubia de expresión indescifrable.

Los dos vestían blanquísimas batas sanitarias.

—Siéntese —invitó aquel hombre con aspecto de médico.

Obedecí.

La puerta se cerró. La «enfermera» permanecía atenta, con su bolígrafo dispuesto. Parecía que de un momento a otro iba a rellenar una receta.

Sentí ganas de reír. Pero permanecí serio, muy serio.

—Dígame. —El «médico» me observaba con atención—. ¿Es la primera vez?

Dije que sí con la cabeza.

—Nombre, dirección y profesión —exigió el otro.

No pude por menos que maravillarme. El «médico» debió advertirlo, porque su seca expresión se dulcificó.

—No tema. Jamás haremos uso de esos datos, excepto como control dentro de aquí. —Intentó tranquilizarme, con una sonrisa.

Dije que me llamaba Harry Jones, vivía en el 456 de Holbroth St, y me dedicaba a los espectáculos.

La enfermera rellenó cuidadosamente una ficha.

—Y ahora dígame, señor: ¿a cuánto ascienden sus ingresos mensuales? —volvió a preguntar el «doctor».

—Psché... —murmuré—. Depende. En este negocio, los ingresos no son regulares. Pero poseo una cuenta de cincuenta mil en el Banco.

Fue claro el gesto de complacencia de aquel individuo.

—¿Ha seguido algún tratamiento anterior? —volvió a preguntar.

—Marihuana y un poco de nieve —dije con descaro.

—Bien, en ese caso, dispondrá de marihuana. ¿Quiere que le acompañe una enfermera?

Dije que sí, aunque mi cabeza era un gigantesco barullo de ideas.

—Perfectamente —respondió el otro—. Son cien dólares, todo incluido, señor Jones.

«Sanguijuela», murmuré para mí. Pero saqué el dinero y lo deposité sobre la mesa.

El «doctor» pulsó un timbre y la puerta se abrió.

—Acompañe a míster Jones a la habitación número doce —indicó el «médico» al gigantesco portero—. Encantado, míster Jones. Espero que vuelva pronto a visitarnos.

—Murmuré unas palabras sin sentido y abandoné la «consulta».

El pasillo estaba en absoluto silencio. Llegaba, sí, el eco, muy lejano, de la música de arriba.

Pasábamos ante la puerta número diez, cuando escuché aquel alarido. Inmediatamente la sangre se enfrió en mis venas.

Mi cancerbero debió notar la rigidez de mis músculos, porque sentí su mano apoyada en mi hombro y la ligera presión con que me obligaba a continuar adelante.

—No debe preocuparse, señor Jones. No se preocupe por nada. Debe relajarse, disponerse a gozar de un reparador descanso.

—Pero esos gritos... —me atreví a murmurar.

—¿Gritos? —rió mi acompañante—. Algunas personas expresan su voluptuosidad de forma muy expresiva, señor. Pase, por favor. La enfermera llegará enseguida.

Entré, esperando recibir de un momento a otro un cachiporrazo en la cabeza. Pero nada de eso sucedió.

La habitación era amplia y estaba acolchada. Una luz roja, difusa, brotaba de lo alto.

Por lo demás, había un amplio diván-cama, una mesita con ruedas, un par de sillas y un armario.

La puerta se había cerrado a mi espalda.

No puedo negar que en aquellos instantes sentí miedo. Miedo a lo desconocido, miedo incluso a la muerte.

Suspiré.

Para fumar o tomar cualquier narcótico, es recomendable permanecer en posición horizontal, por lo que, temiendo que tuviera que fumarme uno o dos cigarrillos de marihuana, me tendí sobre el diván.

Apenas habían transcurrido unos minutos, alguien golpeó discretamente en la puerta y penetró dentro.

Hube de incorporarme de un respingo al contemplar a mí «enfermera».

Vestía, en verdad, un blanco uniforme muy corto que mejoraba con mucho su ya bella silueta.

Era rubia, descarada y directa.

—Buenas noches, señor Jones. Me llamo

Mari-Jo.

Soy suave, experta y diligente. ¿Quiere que le ayude a desnudarse? —preguntó.

Fui a decir algo, pero me atraganté.

Y de repente lo comprendí todo, todo.

—No voy a desnudarme —aseguré, cuando hube recobrado la serenidad—. Así estoy bien.

Sonrió vagamente.

—A su gusto. Ahora mismo encenderé su cigarrillo, señor. ¿Me permite? —exclamó.

Y comenzó a desnudarse.

Puedo jurar por todo lo jurable que Duke Madison no es

precisamente un angelito.

Mi profesión me ha empujado muy a menudo a frecuentar ambientes y personas muy distintas.

Canallas, desaprensivos, invertidos, prostitutas y pare usted de contar.

A pesar de todo, la frescura de la «experta» enfermera rubia me dejó sin habla.

En aquel momento, curiosamente, volví a recordar el motivo que me había llevado allí: Jack Marquand.

Pensando en ello, me puse en pie y avancé a espaldas de la rubia.

Recuerdo perfectamente que ella se había desnudado por completo cuando me aproximé.

Alcé la mano derecha y tragué saliva.

Un leve golpe en la nuca, aplicado con el canto de la mano, la sumergió en el mundo de los sueños.

Noté cómo se doblaban sus rodillas y me apresuré a recogerla en mis brazos.

Procuré no mirarla mucho cuando la deposité en el diván y la cubrí con su bata.

CAPÍTULO V

Cuando me aproximé a la puerta, me sentía demasiado confuso.

Era probable que el corpulento portero se encontrase en el pasillo, próximo a la puerta que comunicaba con los servicios.

A mí me interesaba Jack Marquand, por supuesto. Pero para comprobar si verdaderamente el *gangster* se encontraba allí, tendría que ir abriendo las puertas una por una.

Y hacer tal cosa era exponerse demasiado, aparte de que la tarea de sorprender a unos viciosos en su intimidad me repugnase.

Pero aunque me decidiera a ello, ¿cómo podría hacerlo con aquel descomunal individuo en el pasillo?

No me encomendé ni a Dios ni al diablo.

Así el cierre y abrí la puerta.

Inmediatamente, el portero giró la cabeza y me miró.

Chasquéé los dedos, dándole a entender que solicitaba su ayuda.

Avanzó despacio, con desconfianza.

—¡Dese prisa, por favor! —exclamé, componiendo un gesto de alarma—. La enfermera ha sufrido un colapso. Está... ¡Está como muerta!

Entonces gruñó una palabrota y se acercó a grandes zancadas.

Me apartó de la puerta y penetró en la habitación al ver el bulto de la rubia sobre el diván.

—¿Cómo... cómo ocurrió? —me preguntó, al tiempo que se inclinaba sobre la desvanecida.

Metí la mano derecha bajo la chaqueta y extraje el revólver.

—Ocurrió... ¡así! —dije.

Y descargué un culatazo con todas mis fuerzas sobre su cráneo.

Se desplomó pesadamente, sin exhalar un gemido.

Sólo estuve contemplándole unos segundos. Valoraba los golpes que aquel gigantón podría devolverme si recuperaba el conocimiento antes de que yo hubiese puesto distancia de por

medio.

Sin perder tiempo, pues, salí y cerré la puerta.

Una duda me asaltó ya dispuesto a registrar todas aquellas habitaciones.

¿Por dónde empezar? Conté las puertas. Había no menos de diecisiete, sin contar la que hacía de sala de «consulta».

El instinto de conservación me aconsejó empezar por las más cercanas al pasillo de los servicios. Así, si era sorprendido, siempre tendría más probabilidades de escapar.

La suerte o la casualidad me acompañó entonces.

Porque la puerta inmediata era la número diez. La misma desde la que alguien había gritado espeluznantemente media hora antes.

Me sentía en tensión cuando abrí la puerta y empujé.

Lo primero que vi fue el lecho.

El hombre que había en él tenía una frondosa cabellera rojiza. Su rostro estaba vendado como el de una momia faraónica. Sólo podían verse los ojos.

Aquellos ojos destellaron al verme.

Pero junto al paciente había otro hombre, hojeando una revista deportiva.

Le vi alzar la mirada y reconocí al otro individuo que redujese a Fiorella Tavami la noche anterior.

Vi que se ponía en pie de un salto.

Sus mandíbulas se habían apretado coléricamente. También los músculos de su cuello se habían hinchado.

Empecé a retroceder, adivinando lo que iba a venir después.

—¡Espere! —gritó el otro, lanzándose hacia la puerta—. ¡Tiene que decirme...!

Yo, por supuesto, no estaba en disposición de mantener una conversación amistosa con aquel peligroso individuo.

Así que esperé hasta que llegó junto a mí y empujé la puerta bruscamente.

El marco de la puerta le golpeó salvajemente en la cara. Oí su gruñido de dolor y vi saltar un caño de sangre de su nariz.

Fue todo lo que pude ver.

Cerré la puerta y corrí hacia el final del pasillo.

El hombre de la bata blanca asomó a la puerta de la sala de consulta en el momento en que yo tiraba del cerrojo cromado.

—¡Señor Jones! —exclamó—. ¿Cómo es que no está en su habitación? ¡Espere!

Era como una cantinela. Todo el mundo pretendía que esperase.

Y yo lo que deseaba con toda mi alma era verme fuera de aquella covacha.

Por desgracia, el «doctor» corrió hacia mí con sospechosa rapidez. Antes de que yo hubiera terminado de descorrer el cerrojo, sus puños comenzaron a golpearme.

Un puñetazo me alcanzó en el mentón y me tiró al suelo.

—¡Rápido, prepare una inyección tranquilizante! —ordenó el «doctor», dirigiéndose a su enfermera, que acababa de aparecer en el pasillo.

Respiré hondo. El hombre me sujetaba por los brazos.

Si me ponían la inyección, adiós a Duke Madison, pensé.

Arqueé la espalda y elevé las dos piernas.

Mis tobillos apresaron a mi enemigo por el cuello y tiraron violentamente hacia atrás.

Su cabeza golpeó fuertemente contra el muro. Fui a ponerme en pie angustiado; la enfermera aguardaba a dos pasos, con una jeringuilla hipodérmica en la mano.

De repente, ella saltó sobre mí.

Yo no podía hacer otra cosa que dejarme caer al suelo. Y tal fue lo que hice.

La aguja de la jeringuilla se clavó profundamente en el muslo del doctor.

Estupefacta, la enfermera chilló histéricamente al comprobar que había errado el blanco.

Aprovechando su confusión, me puse en pie, terminé de descorrer el cerrojo y corrí a buena velocidad hasta alcanzar la escalera.

Me tomé unos segundos de descanso. Los suficientes para recomponer mi aspecto al volver a la discoteca.

Casi me di de manos a boca con Jenny.

—¡Duke! —exclamó, mirándome de pies a cabeza—. Se diría que acabas de abandonar el infierno...

Sonreí.

—Poco más o menos —asentí—. ¿Estás dispuesta?

Dijo que sí, que había solicitado salir media hora antes y

Playdon se había mostrado complaciente.

Miré hacia la mesa. Nuestros *whiskys* estaban allí, mediados. Tenía que pagar la consumición.

Jenny debió adivinar mis pensamientos, porque me empujó hacia la puerta y aseguró suavemente:

—Invité yo, Duke. ¿Te disgusta?

No la contesté hasta que hubimos salido. Porque yo tenía unas horribles ganas de poner una respetable distancia entre la discoteca Sangri-Lah y mi despreciable persona.

—Me gustas mucho. —Respondí, cuando la hube acomodado en el asiento contiguo al mío, en mi coche. Y la besé.

Sólo escuché un murmullo satisfactorio. Puse el motor en marcha y abandonamos Marine Lane.

Mientras conducía hacia el hotel Burbank, mis pensamientos volvían continuamente a la habitación número diez y al rostro vendado que había contemplado allí.

Súbitamente, di un grito.

Jenny, la bella y entrañable Jenny-Ann, respingó asustada.

—¿Te ocurre algo, Duke? Tu grito...

—De sorpresa, pequeña. Estoy encantado con tenerte aquí. ¿Quieres creerlo? —Disimulé.

Pero la verdad era muy distinta. Mi grito era la expresión de asombro del que acaba de comprender algo sorprendente, increíble, alucinante.

El hombre del rostro vendado terna los cabellos rojos... como Jack Marquand, el *gangster* al que buscaba todo el FBI.

Rocé con la mano derecha la mejilla de Jenny y ella sonrió suavemente.

Pero mis pensamientos volvían al sótano de la discoteca.

Si aquel individuo era realmente Jack Marquand, ¿qué significaba el vendaje?

La habitación número diez estaba dispuesta como la de una clínica o la de cualquier hospital.

Una deducción lleva fácilmente a otra.

Marquand era un proscrito, un hombre desesperado que un día u otro podía ser delatado y caer en las manos de los hombres de la ley.

Su rostro, demasiado conocido, le delataría adonde quiera que

fuese. Por tanto, ¿qué mejor solución que cambiarlo?

Una operación de cirugía en un lugar seguro. —Como el sótano de la discoteca Sangri-Lah—, y Jack Marquand se convertiría en otro hombre.

Distintas facciones, distinta apariencia, cabello teñido y Marquand podría pasearse impunemente ante los federales.

En cuanto llegué a tal conclusión, me sentí tremendamente inquieto y excitado.

Ni siquiera me preocupé de llevar el coche al garaje de Sam Temple.

Jenny y yo saltamos a la acera y entramos en el pequeño vestíbulo del hotel Burbank.

Clive nos miró con cara de sueño. Pero se despabiló inmediatamente al contemplar la linda figura de mi acompañante.

En otra ocasión me hubiera gritado cualquier aviso sin molestarse en salir de su estrecho *comptoir*. Pero ahora, encandilado por la visión de mi bella Jenny, salió de allí y saludó muy fino:

—Un tal míster Teade ha estado llamando toda la tarde... —dijo luego—. Y parecía furioso, Duke.

Entonces recordé que no había rendido mi informe al hombre que me pagaba. Me encogí de hombros, encargué a Clive una cena ligera y una botella de vino y empujé a Jenny hacia el ascensor.

Mi *suite* de la planta quinta tiene la ventaja de disponer de entradas independientes para cada habitación.

Penetramos por la que daba a mi apartamento, compuesto de recibidor-dormitorio-aseo, porque no quería molestarme en mostrar mi pequeño despacho a Jenny.

Le ofrecí el diván, me quité la chaqueta y fumamos un cigarrillo.

Poco después, Pat, el camarero, llamaba a la puerta y depositaba una bandeja sobre la mesa.

Abrí una botellita de Rioja, vertí en dos vasos y bebimos los dos por nuestra amistad.

Ya nos disponíamos a engullir la cena, cuando el teléfono zumbó en mi dormitorio.

Jenny me disculpó con una sonrisa.

Poco después descolgaba el auricular. Inmediatamente escuché la voz alterada de mi cuñado, Ted Kinley.

—Ven enseguida, por favor. Me encuentro en el Hospital

Central. Gladys se encuentra en el quirófano. Un automóvil la atropelló en Roosevelt Road.

CAPÍTULO VI

Tomé la chaqueta y me la puse apresuradamente.

Jenny me miró y debió comprender que algo grave acababa de serme comunicado, porque dejó el vaso y se puso en pie.

—Lo siento, pequeña. Debo ir al Hospital Central ahora mismo. Al parecer, mi hermana Gladys ha sufrido un accidente. Pero no te marches. Quédate y come algo. Me gustaría mucho charlar contigo un buen rato. Volveré en cuanto me sea posible.

Fue a decirme algo, pero yo tenía prisa y me dirigí a la puerta.

Clive me miró con extraña expresión cuando atravesé el vestíbulo a la carrera.

Por el camino, procuré tranquilizarme, recordando que tengo un cuñado demasiado aprensivo.

Sin embargo, mi nerviosismo fue en aumento a medida que me acercaba al hospital.

No debí tardar más de veinte minutos en el largo trayecto.

Me identifiqué en recepción y subí a la segunda planta, donde se encontraban los quirófanos.

Ted, hecho un mar de nervios, estaba en el pasillo, en compañía de un policía de uniforme.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, después de haberme esforzado inútilmente en tranquilizar a Ted.

—Ocurrió hace una hora, aproximadamente. Tu hermana regresaba de casa de los Palmer, unos amigos, tú los conoces. Fue a cruzar un paso de peatones. El disco estaba rojo para los automóviles. De repente, uno de los coches que aguardaban, arrancó y la atropelló...

Prorrumpió en tan violentos sollozos que le fue imposible continuar.

Lo abracé y le hablé serenamente.

Pero fue el policía callejero el que terminó de explicarme el

asunto.

—Yo la recogí del suelo, cuando unos testigos del accidente comenzaron a gritar pidiendo socorro. Estaba en el suelo sin conocimiento y tenía la cara llena de rasguños y un brazo roto.

—¿Cree que fue intencionado? —pregunté.

—Es de suponer. Según aseguran los testigos, el coche, un viejo «Impala», arrancó justamente cuando la señora Kinley cruzaba la «cebra» a su altura. Tenemos la matrícula y ya están buscándolo. Descuide: cazaremos a ese tipo.

Ted gemía desesperadamente, derrumbado sobre un banco.

Yo mismo no me sentía mucho mejor.

Sabía que Gladys había esperado durante cinco años la llegada de un hijo. Durante los primeros años, todo fue inútil.

Unos dos meses antes, mi hermana me llamó por teléfono, loca de alegría.

—¡Duke, Duke, va a ser posible! El tocólogo me ha dicho que el test de embarazo ha dado resultado positivo. ¡Ted y yo vamos a tener un hijo por fin! Estoy embarazada —terminó.

El orgullo latía en sus palabras.

Gladys apenas llevaba dos meses de embarazo. ¿No se perdería aquel hijo que llevaba en las entrañas después del accidente?

—¿Qué... qué ha dicho el médico? —pregunté al policía al cabo de unos minutos de reflexión.

—La señora Kinley no parecía presentar lesiones internas. El brazo roto no es cosa grave. Ni los rasguños. Espere, iré a indagar noticias. Tal vez logre saber algo más. Llevan mucho tiempo con ella en el quirófano.

Le vi golpear quedamente en una puerta encristalada y hablar en voz baja con una enfermera.

Entretanto, yo me había dejado caer en el banco, junto a Ted, y encendí un cigarrillo para cada uno.

Ted no dejaba de gemir. Parecía inconsolable. Viéndole sufrir, se me revolvieron los intestinos.

—No puede ser... —murmuré—. No pudo ser intencionado. Un loco, un gamberro, quizá... ¿Quién podría desear ningún mal a Gladys?...

El policía volvió junto a nosotros en aquel momento.

—Están terminando. Dentro de unos minutos la subirán a su

habitación y podrán hablar con ella unos instantes, el médico lo ha autorizado.

Terminé de fumar el cigarrillo nerviosamente.

Luego, una enfermera nos avisó. Podíamos subir con ella en el ascensor hasta la habitación de Gladys.

Un médico nos advirtió a la puerta que fuésemos breves y procurásemos no fatigarla.

—Ha sufrido un fuerte *shock* nervioso y necesita descanso, señores —añadió.

La pregunta estaba en el aire. Vi a Ted con la boca abierta como un pez fuera del agua, sin atreverse a afrontar la cuestión.

—Doctor, soy Duke Madison, hermano de la señora Kinley. Ella estaba embarazada de tres meses. Su hijo... —empecé a decir.

Me bastó ver su expresión para adivinar el resto.

—Lo siento —respondió el cirujano—. La señora Kinley recibió un golpe en el vientre. Hemos tenido que intervenir para extraerle el feto muerto. Créanme que lo lamento. Por otra parte, la señora Kinley está fuera de peligro. Podremos darla de alta dentro de unos días. El brazo curará por sí solo. Buenas noches.

Ted lanzó un gemido ahogado que me puso los pelos de punta. El dolor más intenso desfiguraba su rostro.

—Animo, Ted. Todo pasará. Gladys quedará bien. El niño... puede venir más tarde. —Logré murmurar.

Entramos en la habitación.

Gladys abrió los ojos al vernos y las aletas de su nariz se dilataron de ansiedad.

—Ted, Duke —murmuró—. Yo... no tuve la culpa. El coche...

—Lo sabemos, hermanita —dije, besándola en la frente—. Tranquilízate. Todo va bien.

Ted se arrodilló junto a ella, pugnando por contener los sollozos. Nunca olvidaré aquella escena.

Mi hermana acariciaba con su única mano sana los cabellos de su esposo.

Le miraba tiernamente, pero en sus ojos había una interrogación.

—¿Es verdad que todo va bien, Ted? ¿Tendré el niño? —preguntó, con un hilo de voz.

Un gemido hondo y desesperado brotó del pecho de Ted.

—No, Gladys, no lo tendrás. Tuvieron... Tuvieron que operarte —confesó.

Mi hermana dio un grito terrible y perdió el conocimiento. La enfermera apartó suavemente a Ted y rápidamente puso una inyección a Gladys.

—No hay peligro. Ahora se encuentra bien. Pero, por favor, salgan. La señora Kinley necesita descansar —nos rogó.

Llevé a Ted a casa y le dejé en la cama.

Hacia las cinco de la madrugada volví al hotel Burbank. El encargado de noche, un hombre gordo llamado Wet Lennon, estaba roncando tras el mostrador.

Subí por la escalera y entré en mi apartamento.

Jenny se había marchado. Inútilmente, busqué una nota suya; no la había.

Pero yo disculpaba a Jenny en mi fuero interno. Había esperado, posiblemente demasiado, y se había cansado.

La cena estaba intacta sobre la mesita. Pero yo no tenía apetito.

Por el contrario, terminé con la botella de vino, tumbado sobre el diván.

Desperté a las diez de la mañana. Lo primero que hice fue marcar el número del hospital y preguntar por mi hermana.

—Ha pasado una noche tranquila. Esta mañana ha desayunado. El médico dice que está fuera de peligro —me informaron.

Me afeité y pedí un café a Clive por teléfono. Era una lata tener que utilizar la extensión, porque Clive es un redomado chafardero que a veces ha llegado a interrumpir mis conferencias telefónicas para hacerme saber su personal opinión sobre cualquier tema.

Tendría que alquilar un apartamento en un lugar adecuado. Clive me trataba bien, pero no podía poner mi nombre en el listín de teléfonos, puesto que vivía en un hotel. Así pues, carecía de la casi gratuita publicidad que significa aparecer en la lista.

Tales eran mis ideas, pero lo cierto sería muy distinto. En muchos años venideros, yo, Duke Madison, seguiría viviendo en el hotel Burbank.

Aquel mismo día habría de saber que el hecho de no constar mi nombre en el listín telefónico me había salvado la vida.

Bebí el café y me puse un cigarrillo en los labios. Mi pensamiento voló a la preciosa Jenny-Ann Jasper.

¿De qué me sonaba aquel nombre, Jasper?

Lo recordé mientras descendía los peldaños de la escalera: Briam Jasper, campeón mundial de automovilismo, muerto tres años antes en un luctuoso accidente de pista.

—Un tipo llamado Halpin dejó un recado para ti. Quiere que te acerques esta noche a la cervecería Grünig —me dijo Clive.

Le di las gracias y salí.

El recado de Halpin me recordó que tendría que llevar mi reportaje cinematográfico a la oficina de Malcolm Teade. Pero antes que nada quería volver a ver a mi hermana.

Estaba muy pálida mi pequeña y tierna Gladys. Pero sus labios tenían aquel gesto voluntarioso que tan bien conocía yo.

—Así me gusta, hermanita. Y ahora, quisiera que me rabiaras del accidente y de todo lo que se te ocurra —pedí.

Su relato del accidente fue muy similar al que me había hecho el agente callejero.

Sin embargo, Gladys añadió algo más.

—Iba preocupada, Duke. Estando en casa de los Palmer recibí una llamada telefónica de Jeannette, mi asistenta. Sabes que tengo confianza en ella, Duke. Pues bien, me dijo que la policía había llamado para hacer una indagación.

—¿Una indagación? —preguté, súbitamente interesado—. ¿Quién era el que llamaba?

—El teniente Mac Carey, según dijo Jeannette. Llamaron para asegurarse de que tú eras mi hermano, y mando ella respondió afirmativamente, le preguntaron dónde vivías. Por supuesto, Jeannette no pudo responder. Ella pensó que el asunto podía ser importante para mí y me llamó a casa de los Palmer. Me sentí preocupada. Pensé en tu...

—¿Deuda con el Banco? —completé la frase—. No hay peligro; hoy mismo cobraré cuatro mil dólares. Sin embargo, esa llamada...

—¿Qué?

—Nada. Tengo la conciencia tranquila, hermanita. Ahora descansa. Vendré a verte a la tarde.

Gladys sonrió tristemente cuando le envié un beso desde la puerta.

Bajé y me senté al volante del «Mustang». Había aparentado, despreocupación ante mi hermana, pero no podía evitar sentirme

preocupado.

Aquella llamada de la policía me intrigaba poderosamente.

Además, la sospecha iba fundamentándose cada vez con más solidez en mi cerebro.

Porque yo no recordaba a ningún teniente Mac Carey entre los oficiales de la policía.

CAPÍTULO VII

—No, no... —respondió la rígida voz de mujer—. Ha debido equivocarse, señor Madison. No existe ningún teniente Mac Carey adjunto al Departamento de Policía de esta ciudad.

Colgué el teléfono cada vez más preocupado.

Mi idea de llamar a la Secretaría del departamento policial había resultado un éxito.

Ahora sabía que ningún Mac Carey pertenecía a la policía.

Es decir, la persona que llamó a casa de mi hermana había mentido.

Pero ¿con qué fin?

Mi pensamiento volvió a la discoteca Sangri-Lah. ¿Es que habían logrado reconocermé a pesar de todo?

¿Jenny-Ann Jasper?

Volví a la oficina, dándole vueltas al complicado embrollo.

La idea me rondó por la cabeza: Jack Marquand y Walter Playdon estaban detrás de todo aquello.

Querían darme un escarmiento por haberme introducido en su puerco negocio.

Tal vez habían consultado la guía, buscando mi dirección. No habían encontrado mi nombre, pero en la guía figuraba el de mi hermana, Gladys Madison, así, con su nombre de soltera, puesto que había instalado el teléfono antes de casarse con Ted.

Seguramente habían probado llamando a todos los Madison de la guía. Jeannette, tontamente, les había facilitado las cosas. Incluso les habría dicho que la señora Kinley, de soltera Madison, se encontraba en casa de los Palmer, esquina a Roosevelt Road.

Pero ¿por qué habían intentado matar a mi hermana? ¿Cómo una venganza secundaria, al no poder localizarme a mí?

Rechiné los dientes de cólera.

En aquel momento tomé una decisión.

Denunciar la presencia del proscrito Jack Marquand en los sótanos de la discoteca Sangri-Lah.

Tomé el teléfono y marqué el número de la oficina federal.

El hombre que se puso al habla conmigo se presentó como Chester Davis, inspector del FBI.

—Tengo algo que comunicarles... —Y le relaté, punto, por punto, lo que había descubierto en los sótanos del Sangri-Lah, callando el hecho de que tenía pruebas en mi poder contra la discoteca y el hombre que figuraba como propietario, es decir, Walter Playdon.

—Lo que acaba de declarar es muy grave, Madison. Supongo que estará seguro de lo que acaba de afirmar —dijo Davis.

—¿Cree que puedo inventarme algo así? Ya le he dicho que soy detective privado, inspector.

—Bien... Voy a obtener un mandamiento judicial y a registrar ese edificio, desde los cimientos al tejado.

—No se olvide de mí si existe alguna recompensa por la captura de Jack Marquand —le recomendé antes de colgar.

—Lo recordaré —prometió Davis, con cierto retintín.

Inmediatamente después de la conferencia con Chester Davis, marqué el número

7-98-97,

es decir, de la oficina de míster Malcolm Teade.

—¡Escuche esto, Madison! —comenzó a vociferar Teade en cuanto se estableció la comunicación—. Voy a liquidar nuestra relación, voy a recuperar mis mil dólares, voy a...

—Va a callarse —le corté sin remilgos—. Nada de eso será necesario. Tengo todo lo que buscaba. Pruebas para hundir a Playdon, pruebas contra su puerco negocio de drogas y prostitución. Pero estuve a punto de perder el pellejo en el intento.

Teade se tragó todo lo que iba a decirme.

—¿Pruebas? —preguntó, ansiosamente—. ¿Pruebas sustanciales, válidas ante un tribunal?

Le hablé de la película que había revelado dos noches antes en el pequeño laboratorio de Ted.

Teade pareció inmediatamente entusiasmado.

—Está bien, disculpe mis palabras de antes. Como no me llamó... En fin, le daré sus cuatro mil y mil más como sueldo y

gastos de la investigación.

—Muy bien. Dígame la dirección de su oficina y estaré ahí en un cuarto de hora con mi película, señor Teade —le ofrecí.

Me extrañó su rápida y vehemente respuesta.

—¡No! No es necesario que se moleste. Yo enviaré a buscarlo. Excúseme, pero esa película es demasiado importante. No quiero exponerme a que se la roben por el camino. Yo enviaré a dos hombres. Ellos le darán el dinero.

—A su gusto, señor Teade. ¿Algo más?

—Nada, sino agradecerle lo rápido de su trabajo. Ha sido veloz y eficiente, Madison.

—Por cierto —recordé de repente—, me gustaría hacerle una pregunta.

—Hágala.

—¿Cómo averiguó mi dirección? El teléfono no figura en el listín telefónico.

Teade se tomó unos segundos para responder.

—Espere que recuerde... Ah, sí: fue un oficial del Departamento de Policía —respondió.

—¿Un oficial? ¿Quién exactamente?

—Haynes... Sí, fue él. Me recomendó a usted. Dijo que tenía un genio endiablado, pero que trabajaba bien y era un hombre honrado. Eso es todo.

Arrugué el entrecejo con extrañeza.

Pero cuando quise preguntar algo más a Teade, había colgado.

Inmerso en mis pensamientos, pasé al *living* y me serví unos dedos de *whisky*.

El teléfono repiqueteó apenas un cuarto de hora más tarde.

—Dos hombres suben en este momento hacia tu habitación. Los envía un tal míster Malcolm Teade, Duke. Ten cuidado, no me gusta el aspecto de esos dos. Si necesitas algo, procura descolgar el teléfono —recomendó Clive.

—No creo que la sangre llegue al río —me burlé.

Clive tenía razón, sin embargo.

Tampoco a mí me gustó el aspecto de mis dos visitantes.

Eran altos y fornidos, vestían con pésimo gusto y tenían en sus rostros un cierto rictus cínico que sólo se aprende en un sitio: la prisión.

—¿Duke Madison? —preguntó uno de ellos, sin tenderme la mano, de lo que me alegré—. Nos envía mistar Teade. Éste es Lufkin; yo soy Slade.

—Siéntense —invité, sin revelar la animosidad que aquellos dos hombres provocaban en mí.

Slade me miró fríamente.

—No será necesario. Sólo estaremos el tiempo necesario para recoger el encargo de míster Teade —aseguró.

—Muy bien. ¿Tienen el dinero?

Arrojó sobre mi mesa un alargado sobre que me apresuré a recoger.

Conté despacio el dinero y me puse en pie.

Del armario metálico recogí el estuche de hojalata de la película y se lo entregué al desagradable Slade.

—¿Es esto?

—Sí.

—Muéstremelo.

Abrí la caja, extraje el carrete y lo mostré a la luz.

Slade debía haber recibido instrucciones concretas, porque expuso cuidadosamente el celuloide a la luz y miró escrupulosamente los fotogramas.

Al fin, pareció quedar satisfecho.

Les vi dirigirse a la puerta y abrirla.

Desde allí, Slade se volvió y sonrió torcidamente.

—Míster Teade está tan satisfecho de usted, Madison —dijo, con cierta burla—, que le ofrece un consejo gratuito. ¡Lárguese de la ciudad y permanezca lejos durante unos meses!

Me quedé de piedra.

Cuando pude reaccionar, los dos individuos habían desaparecido.

Me sentía profundamente intrigado.

¿Qué había querido decir Slade con su «gratuita» advertencia?

Sólo una cosa: que mi vida estaba en peligro.

De nuevo sonó el teléfono entonces. Era Clive.

—¿Alientas aún? —preguntó. Y al oír mi voz, debió tranquilizarse—. Estás muy solicitado hoy, querido Duke. Tienes otra visita. Se trata de Halpin. Está muy nervioso.

—Dile que suba inmediatamente —rogué.

Sin darme cuenta, había apurado el vaso de *whisky* hasta el fondo.

Filosóficamente, volví a llenarlo y esperé a Bunny.

En cuanto le abrí la puerta, se dejó caer, derrengado, sobre un sillón y preguntó:

—¿Qué querían esos dos, Duke? Me refiero a Stan Lufkin y Ben Slade.

—¿Los conoces? —pregunté a mi vez, profundamente sorprendido.

—Será mejor que me des un trago; tengo la garganta seca —pidió.

Aquello no era ninguna novedad: Halpin era un eterno sediento.

Su afición al alcohol le había costado cara en cierta ocasión. Borracho como una cuba, atropelló a un muchacho. Tuvo que pasar una temporada en prisión. Yo le eché una mano entonces, ayudándole a conseguir la libertad.

Le llené un vaso y le encendí un cigarrillo.

Cuando hubo apurado el *whisky* de un solo trago, me miró y exclamó:

—¿Qué si los conozco? —Sus alargados incisivos castañetearon cómicamente—. Eran los dueños de la galera K, en la penitenciaría. Mala gente. Son capaces de partírle el alma a cualquiera por unos pocos dólares. ¿Qué tienes tú que ver con ellos?

—Quieren que les ayude a encontrar un emplea decente —me burlé—. Al grano, Jeff. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

Bunny se puso en pie y me miró gravemente.

—Abre tu maleta, echa en ella una muda y lárgate de esta ciudad. Si no lo haces, tendré que realizar una colecta en la cervecería para poder comprarte una corona —dijo de un tirón.

Corrió hacia la puerta y se volvió allí.

—Ah, una última advertencia. No he dicho nada, no he estado aquí y no te conozco.

Ya abría la puerta para marcharse, cuando logré agarrarle y devolverle a la mesa.

—Ah, no, no, Jeff. No vas a irte así. ¿Qué es lo que sabes? Tienes que explicármelo. Es curioso: Lufkin y Slade también me aconsejaron que me largase de aquí.

—¿Por qué?

Me costó mucho obligarle a hablar, pero al fin lo logré.

—Hay muchos hombres buscándote, Duke. Estuvieron en Francia, el bar donde sueles almorzar. Y en Grünig y en otros lugares. Reconocí a Slim Gunnigan, a Crofton y a Hoxie... En todas partes preguntaban por ti anoche. También Gipsy, el muchacho de la bolera, me dijo que estuvieron allí esta mañana haciendo preguntas. Sé que te buscan para matarte o... poco menos. En el mejor de los casos, si te encuentran, te darán una buena paliza de la que resultarás lisiado para el resto de tus días. Márchate, Duke.

—Pero... —murmuré—. Mencionaste a Cunnigan, a un tal Crofton, a Hoxie... Yo no conozco a uno solo de esos hombres.

—Procura que ellos no te conozcan a ti. Crofton y Hoxie eran incondicionales de Jack Marquand antes de que ese *gangster* tuviese que huir de los G-men.

En cuanto a Slim Gunnigan, es un asesino a sueldo. Un tipo que se envanece del número de hombres que ha eliminado por encargo...

Había hablado muy rápido y tuvo que recuperar el aliento.

—Escucha, Duke. Tú me hiciste un gran favor. Eres mi amigo. Por eso he venido aquí. De repente recordé que en Grünig podía ponerte en peligro y no he aguardado hasta la noche. Mi consejo ya lo sabes: márchate. Has metido tu nariz de sabueso en un negocio que te viene grande.

Aplasté el cigarrillo con rabia sobre el cenicero de mi mesa.

—Pues bien, me quedaré. No soy un apestado, sino un ciudadano con derechos y deberes —afirmé.

Bunny me miró con pena.

—Sentiré perderte, amigo. Pero eres demasiado testarudo. En cuanto a Lufkin y Slade... he sabido que trabajan para Lucky Bachilli. ¿Has oído hablar de Bachilli, Duke?

Asentí.

Lucky Bachilli era más conocido como «rey del vicio» en la ciudad.

Dominaba un imperio compuesto por casinos, hoteles de mala nota, organizaciones de viajes orgiásticos, etcétera.

Era poderoso. Tanto como lo había sido Jack Marcad. Individuos que podían fletar *jets*, transatlánticos, comprar una ciudad entera, si se encaprichaban con la idea.

Siempre me había parecido que los dos *gangsters* mantenían una secreta rivalidad. Pero ya no eran los tiempos de Capone. Las bandas no solían enfrentarse metralleta en mano. Ahora imperaba la astucia financiera y la labor sucia y subterránea.

—Pero no es posible —arguí débilmente—. Me dijeron que trabajaban para míster Malcolm Teade...

—¿Quién es Teade? —dijo Bunny. Y añadió frescamente—: En su casa le conocerán.

Y se marchó.

Durante un rato estuve mirando sin ver la puerta por la que había desaparecido Bunny Halpin.

Me hubiera gustado regalarle cincuenta dólares por su servicio.

Pero probablemente me los hubiera arrojado a la cara con un «hay ciertos servicios que no pueden cobrarse» o algo semejante.

«¿Quién es Teade?», había preguntado mi amigo Jeff Halpin.

En aquel momento, yo comencé a hacerme la misma pregunta.

CAPÍTULO VIII

Descolgué el teléfono y pedí a Clive que enviase a Pat con un almuerzo a base de un bistec y un plato de ensalada.

—No permitas que nadie suba a mis habitaciones sin advertírmelo antes, Clive. Y otra cosa; quiero depositar cinco mil dólares en tu caja de caudales. Se los daré a Pat en un sobre. Si algo me ocurriera, quiero que ese dinero sea entregado a mi hermana, la señora Gladys Kinley. —Le encargué.

—¡Eh, eh! —respondió—. ¿Qué es eso? ¿Por qué no me lo explicas todo, Duke? Puedo echarte una mano.

—Eso pretendo. Cumple lo que acabo de indicarte. —Respondí. Y colgué, temeroso de que continuara preguntando incansablemente.

Comí sin gran apetito.

En otra ocasión, con cinco mil dólares en mi bolsillo, y en pleno verano, habría tomado mi coche y me hubiera marchado de vacaciones.

Una alegre temporada fuera de la ciudad, gozando del sol, la playa y la contemplación de bonitas muchachas en bikini.

Marcharme hubiera sido la razonable decisión de un hombre sensato. Pero ¿quién ha dicho nunca que yo sea ese tipo de hombre?

Tenía que trabajar mucho y aprisa. Ansiaba tomarme la revancha, vengarme del cobarde ataque que haría puesto en peligro la vida de Gladys y frustrada su maternidad, tantos años esperada.

La personalidad de Teade me intrigaba. No había permitido que le visitara en su oficina, ni siquiera conocía su rostro.

Consulté el anuario de industrias y comprobé que Malcolm Teade no era ni el importante exportador que había mencionado Jim Johnson, ni tampoco el millonario que figuraba en la dirección de la compañía metalúrgica Nacional Steel.

Inútilmente recorrí las columnas del volumen buscando a un Teade importante. El listín telefónico tampoco me reveló la menor pista.

Entonces decidí recurrir al FBI.

Salí del hotel y conduje hasta el edificio de la División del Federal Bureau of Investigation.

Davis no estaba, pero sí un sonriente y cordial Jerry Colbert, un G-man del departamento.

—El registro del Sangri-Lah no ha dado el resultado apetecido, señor Madison —me informó enseguida—. Cuando el inspector Davis penetró en el edificio, estaba absolutamente vacío.

—¿No encontraron a Marquand, a Playdon? —pregunté, desesperado—. ¡Yo lo vi, estoy seguro de que era él...!

—No esté tan seguro, Madison. El hombre que usted vio tenía el rostro vendado. Hubiera sido preciso tomar sus huellas dactilares para poder asegurarlo tajantemente —observó Colbert con cortés suavidad.

—Mala suerte —rezongué.

—No tan mala. Habían abandonado casi dos millones de pesetas en heroína y otros narcóticos, Madison. Su ayuda ha sido muy apreciable.

—¿Podría hacerme un favor? —pregunté. Y le expliqué mi deseo—. Quiero saber a qué dirección corresponde el teléfono 7-98-97.

—Lo conseguiré, Madison. Por una sola vez.

Jerry Colbert tomó el teléfono y llamó a la central. Le vi anotar algo en una agenda y dar las gracias.

Rompió la hoja y me la tendió.

—Ahí lo tiene. Le deseo suerte.

—Gracias —murmuré. Y me dirigí a la calle con el papelito en la mano.

«Señora Sturgis, Latín Motel, 1556 Aurora Road», había escrito Colbert.

Subí al «Mustang» y abandoné la ciudad.

El número 1556 de Aurora Road era un grupo de cabinas de un motel no muy próspero.

Me desvié, bajé del coche y encendí un cigarrillo.

Una señora gruesa y congestionada salió de una de las cabinas, señalada con las palabras «Loretta Sturgis, propietaria».

—¿Quiere alquilar una cabina, amiguito? —preguntó con un tono levemente sarcástico.

—¿Es usted la señora Sturgis? —pregunté a mi vez, sin chispa de humor.

—Sí. Cobro tres dólares por día, lavado de ropa y teléfono incluidos. Seriedad, discreción...

—¿Tiene teléfono en todas las habitaciones? —La interrumpí.

—Por supuesto, con líneas independientes para cada cabina. ¿Hay quién pida más? —respondió, contoneándose.

Para mí, la señora Sturgis estaba demasiado gordita para provocar mi simpatía, aunque se pavonease como una jovencita.

—Sí, yo mismo. Quiero saber a qué cabina corresponde el teléfono

7-98-97

—exigí.

—Más espacio, jovencito. No me gustan los hombres groseros. Yo...

—¿Quiere que la envíe a la prisión por dos años? —grité bruscamente.

Vi enseguida el efecto de mi fulminante pregunta. La señora Sturgis ablandó su gesto y confesó:

—Es la cabina ocho. Pero está vacía.

—¿Quién la alquiló últimamente? —insistí.

—Tendré que consultar el registro. Tengo muy mala memoria —respondió, girando lentamente sobre sus gruesas piernas adornadas de varices.

Miró en el libro.

«Cabina ocho, Andrew Smith. Abonó por anticipado el alquiler de un mes», pude leer antes de que la señora Sturgis se calara las gafas.

—Sí. Vino sólo la primera vez. Era un caballero bien vestido, grueso, con gafas oscuras. Cabellos muy negros y algunos brillantes muy gordos en sus dedos...

Era el retrato perfecto de Lucky Bachilli.

Pero la señora Sturgis seguía hablando.

—... Me extrañó mucho. Estuvo en la cabina diez minutos y se

marchó. Volvió al otro día. Le acompañaban dos caballeros muy altos y fuertes, aunque no tan elegantes como él...

La interrumpí nuevamente para darle una descripción muy completa de Stan Lufkin y Ben Slade:

—¡Oh, sí! Eran tal como usted dice. ¿Los conoce, no es cierto? —exclamó con la ansiedad característica de las viejas curiosas, pero al ver mi gesto se calló.

—¿Qué hizo el señor... Andrew Smith? —volví a preguntarle.

—Se comportó muy misteriosamente. Sólo estuvieron un cuarto de hora y volvieron a marcharse. Su última visita fue esta mañana. Parecía muy contento cuando abandonó la cabina. Incluso me regaló cinco dólares. Dijo que la cabina le parecía muy confortable, pero el lugar no le agradaba. Aseguró que no volvería y que podía quedarme con el resto del dinero pagado por el alquiler. Se marcharon.

Le di las gracias. Ya me marchaba, cuando saqué un billete de diez dólares y se lo entregué.

—No hable de esto a nadie —le recomendé simulando rudeza—. Tal vez tenga que volver por aquí. Asunto de la policía.

Me imagino que a partir de aquel momento, la gorda señora Sturgis se sentiría tan subyugada por mi misteriosa intervención como para pasar varias horas al teléfono cotorreando con sus amigas, si es que las tema.

Yo había logrado averiguar algo muy importante; el hombre que se había amparado bajo el nombre de Malcolm Teade, no era otro que el cacique número uno del hampa de Chicago: Lucky Bachilli.

Más tarde volví a Latín Motel con una foto del *gangster*, recortada de una revista y obtuve la certidumbre de que mi sospecha era realidad.

Aquello me dio mucho que pensar. Tanto que mi cabeza llegó a recalentarse tanto como un convertidor Bessemer.

¿Qué había tratado de conseguir Bachilli obteniendo pruebas contra Walter Playdon y su negocio del Sangri-Lah?

Tal vez fuese cierto que tenía una hija. Y que ésta se encontraba deslumbrada por el maduro Playdon. En tal caso, tal vez el *gangster* había tratado de rehuir toda publicidad, amparándose bajo un nombre ficticio.

Comprendí que no me sentiría tranquilo hasta averiguar si Lucky

Bachilli, tenía una hija.

El más importante *gangster* de Chicago era amante de los espacios abiertos.

A diferencia de Marquand, que había residido en un rascacielos, Bachilli poseía una maravillosa villa campestre a pocos kilómetros de la ciudad.

Pero yo no necesitaba ir allí para conseguir la información que deseaba.

Me bastó con consultar el listín de teléfonos de una cafetería y marcar un número en el dial.

—Residencia del señor Lucas Bachilli. —Oí que me informaban.

—Soy Harold Cronin, del anuario *Who's Who* —dije con gran rapidez—. Necesitaríamos una fotografía de estudio de la señorita Bachilli para nuestra edición anual. ¿Podrían...?

La voz del mayordomo. —Según supuse—, me cortó, más fría que el hielo.

—¡Estúpidos! Deberían saber que el señor Bachilli es soltero no tiene ninguna hija.

El golpe retumbó en mi oído.

Bachilli no me había contratado con el fin de defender el buen nombre de su hija.

Se desprendía de ello que su objetivo estaba dirigido a poner en dificultades a Walter Playdon.

¿O quizá a Jack Marquand...?

CAPÍTULO IX

Los periódicos de la tarde mostraban muy claramente algunos de los fotogramas que yo mismo había realizado en el Sangri-Lah y también en el callejón adyacente.

También había una buena fotografía mía.

«Gracias a la inteligente y callada investigación de un detective privado, Duke Madison, los G-men,

en combinación con la policía estatal, consiguen dismantelar un negocio clandestino dedicado a lo más bajo en la escala delictiva: La perversión de los jóvenes mediante las drogas y la prostitución...»

¿Quién no se hubiera sentido orgulloso, contemplando una gran fotografía suya, y alabado en tales términos?

Yo me sentí aterrado.

De pronto, como un huracán, la verdad me aplastó.

Sabía lo que Bachilli había pretendido, contratándome bajo nombre supuesto: Conseguir que la policía irrumpiera en el lugar que Jack Marquand había utilizado como refugio durante la operación de cirugía plástica a la que se había sometido por razones de seguridad.

Comprendí también los modernos métodos de los delincuentes a gran escala de la década de los setenta: Nada de agresiones directas.

Lucky Bachilli posiblemente hubiera podido deshacerse directamente de Marquand. Pero no; lo había hecho a través de mí, un detective privado ducho en investigaciones arriesgadas.

El nombre de Bachilli no debía sonar para nada. Así, en caso de que Marquand escapase al acoso, Bachilli siempre estaría libre de sospechas, puesto que a mí el que me había contratado era un desconocido mister Teade, que tenía unos motivos muy honorables para desear que la discoteca fuese dismantelada y su dueño

encarcelado.

Comencé a reír a carcajadas.

Pero mi risa cesó súbitamente.

Yo sabía muy bien que aquella fotografía en la primera página de los diarios de la tarde sería como una corriente de veinte mil voltios para mí: Altamente peligrosa. Mortal.

Volví al hotel y me encerré en mi habitación, después de penetrar con toda clase de precauciones, seguro que ningún intruso estaba aguardándome.

Pedí a Clive que me enviase una lista de materiales y me entretuve hasta la noche en instalar un rudimentario sistema de seguridad.

En aquellos momentos hubiera deseado tener a Jenny junto a mí.

Añoraba su charla lenta y perfectamente modulada, el funcionamiento de sus labios al sonreír, e incluso, el rictus desesperado de sus facciones.

Pero, posiblemente, ella no era otra cosa que una amenaza más para mí.

Yo no la conocía a fondo. Sabía que era drogadicta. Y una persona así hace lo que sea por un poco de droga: traicionar, venderse a sí mismo o a otros. Incluso asesinar.

Pero aquellas ideas no cuadraban con la expresión de los ojos de Jenny.

Los suyos eran limpios, claros, aunque siempre latiese en ellos un fondo de desesperada tristeza.

¿Cómo podría ponerme en contacto con ella? Inútilmente me estrujé la cabeza buscando el medio de conseguirlo.

Hacia las once de la noche, las piernas comenzaron a hormiguearme. No podía resistir el ambiente de mi oficina, no podía permanecer inactivo, cuando mi cabeza pendía de un hilo demasiado delgado.

Poco después cerraba cuidadosamente puertas y ventanas y descendía hasta el vestíbulo.

Clive permanecía aún en su cuchitril, regodeándose en la contemplación de las páginas de un número del *Playboy*.

—Ten los ojos abiertos, Clive. No permitas que nadie penetre en mis habitaciones; podría recibir una desagradable sorpresa —le

advertí.

Abrió unos ojos como platos. Sin embargo, antes de que comenzase a disparar su consabida sarta de preguntas, desaparecí.

Anduve a buen paso hacia el garaje de San Temple, decidido a dar un paseo en coche, esperando que a aquello aplacase mis nervios.

Sam se había marchado, de modo que fue su vigilante nocturno el que sacó mi coche.

Le di un dólar y el hombre me rogó que esperase.

—Sam dejó una nota para usted, señor Madison. Es ésta —dijo, sacando un arrugado papel manchado de grasa.

Lo tomé con la punta de los dedos y leí.

«Tienes un comprador para tu coche. Se ha encaprichado de él. Dice que le gusta el tono negro-plata. Estuvo observando el coche durante un rato y me advirtió que volvería para entrevistarse contigo. Me pareció un millonario chiflado. Me dio veinte dólares con el fin de que te convenciese para que vendieses el coche».

Arrugué el papel en una bola y lo arrojé a la papelera.

—Al diablo —murmuré, sentándome tras el volante—. El número de idiotas sobre la tierra es incalculable.

Arranqué y atravesé la ciudad hacia el Sur, tomando a carretera Cincuenta y Cuatro.

Debía haber pensado entonces en lo extraño que resultaba aquel mensaje del bonachón Sam Temple.

No es que cualquier americano tenga un «Ford-Mustang» de lujo, pero el modelo se fabrica en serie. Yo lo había hecho pintar a mi manera, pero el coche podía adquirirse fácilmente en cualquier agencia «Ford».

También debía haber notado yo el leve chirrido que sonaba de cuando en cuando.

Pero me encontraba demasiado distraído en mis pensamientos como para reparar en el casi imperceptible rumor.

Sin darme cuenta apretaba el acelerador, circulando a más de cien millas por hora.

Joliet, con su famosa penitenciaría, quedó a la izquierda, como un ramillete de luces brillantes sobre el fondo negro de la noche.

Mi coche, siempre elástico de marcha y con excelente amortiguación, comenzó a vibrar excesivamente.

No me preocupé, sin embargo. El firme de la carretera era irregular en aquel tramo y presentaba claros desperfectos.

La trepidación, por desgracia, fue en aumento en los siguientes minutos.

Decidido a investigar la causa de aquélla anomalía, alcé el pie del acelerador, dispuesto a detenerme.

Fue justamente en aquel momento cuando el coche se inclinó bruscamente a la izquierda.

Pasmado de asombro, contemplé la rueda que acababa de desprenderse de su mangueta y seguía su camino carretera adelante cuando yo oprimí el pedal de freno.

Al frenazo, el automóvil se inclinó hacia la derecha. Un momento después giraba como una peonza.

Comprobé aterrado cómo salía de la carretera, botaba materialmente sobre la cuneta y volcaba aparatosamente sobre un herbazal.

Mis sesos se agitaron desesperadamente dentro de su óseo estuche.

Cuando mi coche se detuvo, yo me encontraba cabeza abajo, con el cuello retorcido y mi nariz pegada al volante.

Busqué la pistola y golpeé con fuerza un cristal hasta romperlo. Porque comenzaba a creer que el accidente no había sido todo lo casual que alguien había pretendido hacerme creer.

Los pedacitos de cristal se introdujeron entre mi camisa y el pecho. Pero no aguardé allí dentro para quitármelos.

Reptando como un lagarto abandoné mi flamante automóvil convertido en chatarra.

Tres ruedas giraban todavía en alto, pues el coche se había detenido sobre su techo.

Era fácil adivinar lo que había ocurrido. La rueda delantera izquierda, a la que alguien había aflojado los espárragos de sujeción, había destrozado las roscas de los tornillos, golpeándolos hasta que éstos se rompieron.

¡Idiota de mí...!

Ni siquiera reparé entonces en que podía ver perfectamente los contornos de mi coche porque... unos faros iluminaban la zona.

Cuando quise reaccionar era tarde.

Tres siluetas varoniles, cuya cara quedaba en la sombra, me

rodeaban. El perfil conocido de las metralletas me obligó a mostrarme prudente.

Dejé caer la pistola y alcé los brazos, deseoso de no dar motivos aquellos individuos para que apretaran sus gatillos.

El círculo se estrechó.

—Aplaste las manos sobre el coche, Madison. Y abra sus piernas en compás —ordenó una voz seca, autoritaria.

Lo hice.

Luego alguien me cacheó rápidamente, sin descuidar los brazos y las piernas.

Me volvieron bruscamente, sin necesidad. Alguien que se había situado a mi espalda tomó mis manos y las retorció salvajemente.

Antes de que hubiera podido impedirlo, mis muñecas estaban unidas a la espalda por unas esposas de acero.

Los faros del automóvil que esperaban al borde de la carretera se apagaron inmediatamente. No querían llamar la atención de los vehículos que cruzasen por la carretera.

En la oscuridad, sentí junto a mí un aliento fuerte. Me encogí.

¿Iban a matarme allí, sin más...?

De repente recibí un empujón tan rudo que caí al suelo. No sé si alguno de ustedes ha caído alguna vez de bruces con las manos sujetas a la espalda. Si es así, podrán calcular perfectamente el batacazo que me di.

Mi nariz comenzó a sangrar inmediatamente.

Nadie me consoló del golpe.

Debieron agarrarme entre dos hombres, porque me sentí alzado y transportado en volandas el automóvil.

Un viejo «Chevrolet-Impala» precisamente. Un automóvil como el que había matado al hijo que Gladys llevaba en su vientre.

Fui depositado sin suavidad sobre el asiento trasero. Dos hombres se colocaron a mi izquierda y derecha, respectivamente.

—¿En marcha, Slim? —preguntó el conductor.

—Date prisa. Escoge carreteras de segundo orden. No me gustaría tropezarme con esos «pigs» antes de llegar a nuestro destino.

El «Impala» arrancó tan bruscamente que me proyectó de espaldas contra el asiento.

Apenas recorrimos dos millas. En la primera desviación, el

automóvil abandonó la carretera Cincuenta y Cuatro y tomó por una de segundo orden, dirección Oeste.

Dos detalles comenzaron a insinuarme la posibilidad de que aquél fuese mi último viaje.

El hombre que conducía el «Impala» había llamado Slim al delgado individuo que viajaba a mi derecha.

Slim... podía ser muy bien Slim Gunnigan, el asesino a sueldo del que me había hablado Bunny Halpin.

El segundo detalle sospechoso era éste; no me habían vendado los ojos.

Lo que indicaba claramente que a mis raptos no les importaba que pudiese anotar mentalmente el camino que seguíamos.

Media hora después cruzamos la autopista Cincuenta y Cinco. Y algo después, la interestatal Ochenta.

Unas ocho millas más allá, el automóvil abandonó la carretera y tomó un camino.

El camino terminaba bruscamente en un bajo edificio semejante a una fábrica abandonada.

Borton Ceramics Inc, decía el cartel de la puerta. Es decir, trataba de una fábrica de ladrillos y forjados para la construcción.

Algo comencé a sospechar cuando el conductor bajó y empujó una puerta de hierro.

Un momento después el coche penetraba en el patio de la fábrica.

—Enciende los quemadores de fuel, Crofton —dijo Slim Gunnigan lúgubrementemente.

Crofton bajó del coche y desapareció.

Slim me ordenó salir del coche y me empujó hacia la mole difusa de un homo.

Llegábamos cuando comencé a olfatear el olor desagradable del humo de *fuel-oil*.

Dentro, los quemadores de combustible a presión producían un zumbido siniestro.

Vi las paredes del horno, que iban coloreándose rápidamente de rojo-fuego. Me estremecí.

En aquel momento sentí sobre mis espaldas las manos de Slim Gunnigan.

¡Iban a quemarme vivo...!

Sin poder controlarme, exhalé un alarido alucinante.

CAPÍTULO X

Vi acercarse velozmente la puerta del homo.

Un torbellino de aire candente revolvió mis cabellos.

De repente, la lucidez llegó a mí, ordenándome agotar mis posibilidades.

—¡Están locos! —grité—. Van a cometer una estupidez. Yo no soy el culpable de que los

G-men

registraran el Sangri-Lah. ¡Me ordenaron realizar la investigación, no obré por mi cuenta...!

El conductor del automóvil. —Luego sabría que se trataba de Hal Hoxie—, vino hacia mí y me propinó un patadón en los riñones.

Caía al suelo. Pero Hoxie me agarró por la cintura y me empujó ferozmente hacia el abrasador recinto del horno.

Abrí mis piernas, sintiendo que mi rostro ardía. Y traté desesperadamente de evitar que me empujase definitivamente.

En cuanto cayese dentro, los asesinos que me rodeaban cerrarían la gruesa puerta metálica y yo me convertiría en cenizas.

Sudaba por todos mi poros. Desesperadamente, traté de alcanzar a Hoxie de una patada, pero erré el golpe y sólo conseguí lastimarme un pie.

Entonces mis músculos se aflojaron. No podía seguir luchando. Las fuerzas me abandonaron.

—Déjalo —ordenó de pronto Slim Gunnigan.

Hoxie dejó de empujarme y se enfrentó con su compañero, momento que aproveché para hincar la cabeza en el suelo cubierto de escorias y ponerme precariamente en pie.

—¿Por qué? —preguntó Hoxie—. Las instrucciones fueron precisas, tú lo sabes.

—Deja de indicarme lo que debo hacer, Hoxie.

Comencé a vislumbrar un rayo de luz. Tal vez Gunnigan no

fuera tan frío e inmisericorde como Halpin me había hecho creer.

Sus siguientes palabras, sin embargo, no llevaron la paz a mi espíritu, precisamente.

—Madison morirá, pero lo que acaba de decir me da que pensar. Quizá el jefe quiera hacerle unas preguntas. Siempre tendremos tiempo para volver a este lugar. Lo hice con Playdon, ¿o no lo recuerdas?

—Pero... —comenzó a decir Hoxie.

—Soy yo quien manda, no lo olvides, Hoxie. Por tu bien. Andando. Vamos a llevar a Madison ante el jefe. Él decidirá —le cortó secamente Gunnigan.

No hay que decir que me apresuré a separarme de aquel ardiente lugar. Rodeado por los tres forajidos, salí afuera.

La brisa nocturna fue como un sedante para mí. El sudor se secó, mis sienes dejaron de latir locamente.

Que Hoxie no veía con buenos ojos a Slim Gunnigan, lo comprobé en mis propios huesos cuando el primero me arrojó de una patada al interior del automóvil.

Por lo demás, Hoxie condujo el coche bruscamente a lo largo del recorrido, testimoniando así su endiablado mal humor.

Por mi parte, buscaba desesperadamente una remota posibilidad que me permitiera la fuga.

Pero Crofton y Gunnigan me tenían tan aprisionado, que ni siquiera podía intentar propinar a uno de ellos un cabezazo al rostro.

Y aunque así hubiera podido hacerlo, ¿cómo abrir velozmente una de las portezuelas...?

Me resigné.

De momento, disponía de unos minutos o tal vez de unas horas de tranquilidad.

Cruzamos bajo la Aurora Toll Road, la autopista Noventa y finalmente la Noventa y Cuatro. Describíamos claramente una vuelta en redondo.

Entonces recordé el mensaje de Sam. No le había prestado a aquel pedazo de papel la debida atención.

Ahora de nada me servía adivinar la realidad. Slim o uno de sus compañeros había penetrado en el garaje de Temple con una sola idea: Aflojar las tuercas de una rueda de mi coche.

Habían aprovechado cualquier distracción de Sam para realizar la criminal maniobra, con el fútil pretexto de interesarse por mi automóvil.

Después, sólo habían tenido que seguirme discretamente para comprobar que Duke Madison se convertía en pedacitos.

Me di cuenta que el «Impala» se dirigía ahora hacia el Norte. No mucho después. —Sería la una de la madrugada—, el aire húmedo del lago Michigan llegaba hasta mi nariz.

¿Dónde se escondía Jack Marquand...?, me pregunté.

Pero era tonto romperse la cabeza para averiguarlo; lo iba a saber de un momento a otro.

El coche discurría por una carretera mal pavimentada. A derecha e izquierda se alzaban las moles de las fábricas.

Luego el automóvil se desvió a la derecha. El lago brillaba más allá de unos tinglados.

También pude ver las moles de las grúas. Nos aproximábamos a una factoría portuaria.

Hoxie condujo el coche bajo un gran arco en el que pude leer fugazmente:

«Astilleros del Michigan Corp»

Un frenazo me precipitó sobre la espalda de Hoxie. De buena gana le hubiera arrancado una oreja de un mordisco, recordando su testarudez en empujarme dentro del horno, pero Gunnigan me agarró por un brazo y me sacó del coche casi arrastrando.

Subimos a una grada.

Desde lo alto pude ver la mole del carguero en construcción dentro del dique seco.

Gunnigan me depositó sobre una plataforma pendiente de una grúa. Crofton tomó el aparato contactor y la plataforma comenzó a elevarse.

—Ése es el escondite de Marquand —me dije—. Un barco en construcción. Lo que supone un excelente refugio.

Aterrizamos sobre cubierta y fui impelido a bajar por una escalera metálica.

Recorrimos un pasillo. El interior del barco se encontraba en una fase mucho más avanzada de lo que se hubiera podido calcular contemplándolo desde la grada.

El camarote en el que penetramos se encontraba perfectamente terminado.

En una litera descansaba el hombre del rostro vendado.

—¿Qué es esto? —murmuró en cuanto me vio—. ¿Por qué no...?

—¿Por qué no me han asesinado, señor Marquand? —terminé la frase—. Sencillamente, Gunnigan estimó que lo que tengo que decirle valía la pena. Por eso no me han convertido en cenizas... aún.

Me miró con atención, de pies a cabeza. Los suyos eran unos ojos penetrantes, que brillaban mucho. Por lo demás, era lo único visible en su rostro.

—Es un hombre muy inteligente, Madison —dijo lentamente—. Penetró en mi habitación del sótano de Sangri-Lah y me reconoció a pesar del vendaje. Adivino que ya me conocía anteriormente, ¿eh?

Asentí, sin fuerzas para hablar.

Aquellos ojos brillantes, mirándome fijamente, me ponían nervioso.

—Slim... —dijo luego, mirando a Gunnigan.

—Madison confesó que había realizado una investigación por cuenta ajena —dijo éste—. Hoxis quería que le empujásemos al horno, pero decidí que usted tal vez deseara saber lo que Madison puede decirnos.

—Muy imprudente por tu parte, pero ya veremos si vale la pena. Acercadle una silla a Madison. Quiero tenerle más cerca de mí —ordenó el hombre-momia.

El testafarro que cuidaba de él se puso en pie.

Viendo su nariz hinchada y sus labios abultados, recordé el trastazo que yo mismo le había arreado en los sótanos de la discoteca. Y en consecuencia, me eché a temblar cuando puso sus manos sobre mí.

Los dos puñetazos fueron como dos relámpagos fulminantes.

Caí para atrás, pero Crofton, humanitario, me elevó de un tirón que estuvo a punto de desnucarme.

—Déjalo ya, Larry —ordenó Marquand. No gritaba, pero su voz poseía un acento autoritario muy particular.

—Tenía derecho a la revancha, jefe. —Gruñó Larry. Y me dejó caer brutalmente sobre una silla metálica.

Durante los primeros minutos no pude decir nada. Larry pegaba

duro. Sus dos golpes me habían hecho daño.

—Hable ahora, Madison —insinuó Marquand, después de concederme un respiro.

—Quiero alguna garantía de que podré seguir alentando, señor Marquand. Yo no siento animosidad especial contra usted —mentí—. En realidad, podría jurar que no me gustó tener que meter mi nariz en la discoteca. Pero me pagaron bien por lo que averigüé.

—¿Quién? —preguntó inmediatamente Marquand, inmovilizando su mirada sobre mi pobre persona.

—No se lo diré aquí, señor Marquand. Adivino que no tendría ninguna esperanza de vivir. Si quiere saber toda la verdad, diga a Gunnigan que me lleve a la ciudad, después de quitarme estas esposas. Le diré lo que usted quiere saber y me marcharé de Chicago. ¿Está de acuerdo?

No es que yo sea adivino, pero me bastó mirar la expresión de los ardientes ojos de Marquand para comprender que entre sus proyectos futuros no se contaba el de dejarme escapar con vida.

Sentí que alguien se movía a mi espalda.

Debió ser Crofton, que era el más corpulento de los tres pistoleros de Marquand.

El golpe, asestado con el cañón de una pistola, y no demasiado fuerte, me obligó a gritar.

Luego cayeron muchos golpes sobre mí.

Larry, el canalla de Larry, fue el que más daño me hizo. Golpeaba sistemáticamente con sus poderosos puños mi estómago, mi cuello, mi hígado...

Hasta que me incliné y caí de bruces.

CAPÍTULO XI

Cuando recobré el uso de mis facultades sensoriales y mentales, estaba mojado como una sopa.

El rostro me ardía, tan magulladas habían dejado mis facciones.

Sentía además unas náuseas horribles y el temor hacía que mi respiración se convirtiese en un soplo corto y jadeante.

—Y bien, Madison. —Oí la voz de Marquand, aunque ni malditas las ganas que sentía yo de escucharle—. Ahora ya sabe a qué atenerse. No puedo prometerle que escapará con vida porque... sería mentirle. La diferencia está en morir blandamente, de un balazo o un golpe, o ver llegar la muerte lentamente, al cabo de tormentos insoportables. Será muy engorroso, pero estoy dispuesto a saber el nombre de la persona que le encargó el trabajito.

Más claro no podía haber hablado, el muy cochino.

Tan desesperado me sentí, que comencé a insultarle empleando los peores vocablos aprendidos en Cicero durante mi cruda infancia.

Con ello me desahugué bastante, pero de paso conseguí unos cuantos golpes extra por parte de Larry, Hoxie, Crofton y Gunnigan, ninguno de los cuales demostró remilgos en seguir golpeando a un hombre al borde de sus fuerzas, sangrante y derrotado como yo.

—Vamos, Madison, sea razonable —me instó Marquand—. Hable. La muerte no es tan mala como parece. Más de un filósofo ha dicho que la muerte significa la total liberación. Le prometo que morirá instantáneamente, sin más sufrimiento. Dejará de sentir, se ahorrará el dolor...

Noté que el muy canalla se recreaba en aquellas reflexiones pseudo-filosóficas, que gozaba con mi angustia, con el terror que debía brillar en mis ojos.

Erguí la cabeza, traté de mantener una actitud digna.

—Este negocio no va a traerle suerte, Marquand. He dejado un completo informe en manos de un amigo. Si no estoy en casa antes

del amanecer, ese informe irá a parar a manos del FBI. Sabrán que se ha hecho operar, que ha alterado sus facciones. Antes o después le encontrarán y...

Era una baladronada estúpida, instigada por la desesperación, por el anhelo de salvar la vida.

La carcajada de Marquand me convenció inmediatamente de que mis palabras no habían tenido el menor éxito.

—No me haga perder el tiempo, Madison. De sobra sé que no ha entregado ningún informe a nadie. Mis hombres le han estado vigilando constantemente a lo largo del día. Por lo demás, no temo al FBI. Soy poderoso, mi querido entrometido. Poseo recursos para burlar a los

G-men.

Mis negocios siguen funcionando a la perfección, aunque yo no figure legalmente al frente de ellos. Y ahora, por última vez, Madison, ¿va a hablar?

Los cuatro forajidos me miraban con cierta ansia.

En realidad, sólo esperaban un gesto de Marquand para caer sobre mí y seguir atormentándome.

Me sentía tan débil como un niño. Sabía muy bien que no podría resistir un golpe más.

Me puse a hablar de corrido.

Explicué a Marquand punto por punto mi relación con Bachilli y el trabajo que había realizado para él.

—Bachilli se hizo pasar por un padre angustiado deseoso de apartar a su hija del mal camino. No sospeché nada. Para mí, Malcolm Teade era tan buen cliente como otro cualquiera. Créalo, señor Marquand, jamás habría aceptado el encargo de saber que Bachilli sólo deseaba librarse de usted —terminé.

Los ojos del *gangster* brillaron de cólera.

—Lo suponía. Yo me ocuparé de Bachilli... ¡Le borraré para siempre de esta ciudad! —bramó, descompuesto.

Pero su cólera sólo duró unos segundos. Inmediatamente, sus ojos sonrieron ladinamente.

—Lo prometido es deuda, Madison. Morirá sin dolor. Gunnigan, ocúpate de que así sea. Vamos, dejadme ahora solo con Larry —ordenó, fríamente.

Inútilmente, me debatí en mi asiento, tratando de escapar.

Hoxie me derribó de una patada en el estómago.

El golpe, bien encajado, no me hizo mucho daño. Pero quedé inmóvil sobre el suelo, simulando haber perdido el conocimiento.

—Sacadlo fuera de aquí —dijo Marquand.

Me sentí arrastrado fuera del camarote, a lo largo del pasillo.

Entonces comencé a rezar una oración. Si había de morir, bueno sería arreglar mis asuntos con el Todopoderoso.

Mis pies golpearon sobre los metálicos peldaños que descendían de la cubierta.

Llegados abajo, me soltaron bruscamente y rodé como un muñeco sobre el piso de hormigón del dique.

Mis músculos se tensaron. Aspiré aire profundamente y entreabrí los ojos.

Sonó un rumor metálico.

Hoxie había tomado un grueso tubo metálico en sus manos.

—Espera. —Oí la voz de Gunnigan—. Voy a quitarle las esposas. Me temo que Madison no las necesitará ya.

Se inclinó sobre mí y me giró hasta dejarme boca abajo.

Sentí sus manos palpando las mías, buscando la ranura del cierre de las esposas.

De repente, mis manos quedaron libres.

Pedí con toda mi alma que un resto de energía quedase aún en mis músculos.

Súbitamente, alcé las piernas y atenacé a Slim Gunnigan por el tronco.

Girándome con la cintura, le arrastré conmigo y le proyecté de cabeza contra el piso.

Pude oír su gruñido agónico. Y deseé con todas mis fuerzas que mi golpe le hubiese roto el cráneo.

Hoxie gritó de asombro. Junto a él, Crofton me miraba estupefacto.

Ninguno de ellos tenía un arma en la mano. Hoxie tenía su tubo dispuesto, preparado para asestarme un golpe definitivo en la cabeza.

No sé cómo pude ponerme en pie y empujar un bidón vacío contra sus piernas. Pero lo hice.

No esperé allí.

El dique estaba lleno de material y maquinaria para la

construcción de cascos metálicos.

El eco de mis pasos retumbó en el recinto.

Pero no era el eco, sino el estrépito de la carrera de los dos asesinos que corrían ya en pos de mí gritando blasfemias y juramentos.

Mis rodillas se doblaron de repente. Caí y me golpeé dolorosamente contra una masa metálica maciza.

Crofton y Hoxie pasaron ante mí a la carrera. Abrí los labios ansiosamente y traté de contener la angustia que me asaltaba.

Logré ponerme en pie y me sujeté a las orugas de un *bulldozer*. Entonces mis ojos se abrieron desmesuradamente.

Para entonces, Crofton y Hoxie volvían ya, registrando todos los obstáculos que podían servirme de escondite.

Yo debía tener una expresión siniestra cuando me alcé a la cabina del *bulldozer*.

Tanteé el panel de instrumentos y comprobé que la llave de contacto del vehículo estaba alojada en su cerradura.

En aquel momento, los dos asesinos rodearon el vehículo y miraron bajo las orugas.

Chasqueados, siguieron hacia adelante.

Entonces di al contacto. El motor retumbó con horrísonos estampidos. Metí una velocidad y embragué.

El estrépito metálico obligó a Crofton y Hoxie a volverse de un salto.

Corrí el acelerador de cremallera hasta el máximo.

El *bulldozer* impactó contra una pila de chapas de acero y la arrastró fácilmente ante sí.

Hoxie reculaba de espaldas.

De repente, dio un grito y cayó al suelo.

Sé que no sentí, al menos en aquellos dramáticos instantes, el menor remordimiento.

Ellos estaban dispuestos a asesinarme. Era, por tanto, sus vidas contra la mía.

Hoxie chilló alucinantemente al ser alcanzado por la oruga.

En cuanto a Crofton, corría alocadamente, tropezando, cayendo y volviendo a levantarse a trompicones, apenas unos metros delante del *bulldozer*.

No sé cómo pudo ocurrir. Lo cierto es que el vehículo debió

chocar contra los puntales que sujetaban el casco del barco.

Cuando quise alterar la marcha del *bulldozer*, los puntales comenzaban a saltar como mondadientes que integrasen un castillo infantil.

El barco se estremeció.

Crofton se estremeció de pánico y gritó con todas sus fuerzas.

En cuanto a mí... adiviné que el barco caería sobre mi cabeza de un momento a otro.

Di un salto y aterricé a cuatro metros de distancia, nada suavemente, sobre un compresor.

El casco del carguero se volcó sobre el piso del dique con un fragor que me heló la sangre en las venas.

La maciza masa del *bulldozer* me salvó, puesto que el casco quedó apoyado precariamente sobre el vehículo.

Me puse en pie. Los chillidos de Crofton habían cesado.

Ignoro si fue pillado bajo el casco o logró salvarse.

Por mi parte, me escurrí como pude del lugar, escale los peldaños de la grada y me alejé tambaleándome.

Quince minutos después estuve a punto de ser atropellado por un automóvil.

Temblando, me elevé del suelo y miré ansiosamente al hombre que se inclinaba sobre mí.

—¡Cielo santo! —Era un hombre muy joven y parecía aterrado—. Lo... lo siento, amigo. No puede imaginarse...

—Ayúdeme —le pedí—. Y deje de lamentarse. Usted no me atropelló. Esta sangre significa otra cosa. ¿Podría llevarme a la ciudad?

—¡Desde luego! Nunca me perdonaría sí... —continuó el muchacho con su cantinela.

—Entonces, ayúdeme a alcanzar el asiento y conduzca lo más rápido que pueda —le interrumpí.

Eran las tres de la madrugada cuando me dejó ante el hotel Burbank.

Wet Lennon roncaba tras el mostrador, como de costumbre.

Tuve que zarandearle vivamente para conseguir despertarle. En cuanto abrió los ojos y me vio, lanzó un alarido y temí que fuese a desmayarse.

—No soy un resucitado, si es eso lo que va a preguntarme —dije

bruscamente—. Necesito el teléfono.

Me lo alargó sin dejar de contemplarme con sus saltones ojos desorbitados.

Marqué un número rápidamente. Hasta entonces no me había dado cuenta de que mis dedos estaban desollados, en carne viva.

Mientras aguardaba que se estableciese la comunicación, me miré inconscientemente en el cristal que protegía el extintor de emergencia.

Di un respingo al contemplar la imagen que me devolvía el improvisado espejo.

Comprendí instantáneamente la expresión de horror que tenía Wet Lennon: mis labios abultados, mi rostro ensangrentado, la camisa destrozada, manchada de rojos cuajarones, el pelo alborotado, los ojos hinchados e inyectados en sangre...

—Oficina Federal de Investigaciones —dijo una voz varonil que retumbó en mi oído.

—Soy Duke Madison y me encuentro en el vestíbulo del Burbank Hotel. Debo... debo denunciar algo... algo... —empecé a decir.

Se me aflojaron las piernas y caí. Debí perder el conocimiento entonces.

CAPÍTULO XII

Abrí los ojos y vi el ancho rostro de Clive, inclinado sobre mí con una expresión de ansiedad que me conmovió.

—¡Duke! —exclamó—. ¿Te sientes mejor, muchacho?

Me escocía el rostro y sentía un dolor insoportable en el estómago. Así y todo, intenté sonreír.

—Estoy perfectamente... dentro de lo que cabe. Me desmayé como una cupletista, ¿eh? —murmuré.

—Wet me despertó cuando te derrumbaste. Hemos llamado a un médico. Dice que deberías guardar cama durante un mes, Duke. Te hemos curado, pero necesitas descanso.

—Eres encantador, Clive. ¿Vino alguien del FBI? —pregunté.

Giré el cuello y vi a Jerry Colbert con cara de sueño.

—Veo que le dieron a conciencia, Madison. ¿Cómo fue eso? El inspector Davis me envió a entrevistarme con usted —dijo Colbert, aproximándose.

Le conté en pocas palabras todo lo ocurrido.

La expresión del

G-man

demostraba incredulidad.

—¿Está seguro?

—El cadáver de Hoxie debe estar todavía allí, aunque no confío en que puedan encontrar a Marquand.

Debió levantar el vuelo en cuanto comprendió que sus pistoleros no habían logrado matarme. ¿Hace mucho tiempo que estoy durmiendo?

—Poco más de una hora —me informó Clive—. Pero quédate ahí, tienes que descansar. Lo dijo el médico.

—Le acompañaré, si quiere, Colbert —dije.

—¿Cree que podrá hacerlo? Adelantaríamos mucho si usted nos guiase. Afuera hay un coche del FBI con otros dos compañeros —

respondió Colbert.

—Ayúdeme a incorporarme. Gracias. Sólo tendrá que sujetarme hasta el coche. Vamos allá. —Me decidí.

Clive me siguió hasta la puerta, haciéndome reconvenções.

Serían las cinco de la madrugada cuando Jerry Colbert detuvo su automóvil ante los astilleros.

Sus dos compañeros, Ward y Mellish, avanzaron en vanguardia con las metralletas prevenidas.

Colbert me ayudó a subir a la grada.

Desde allí contemplamos el casco del barco, volcado aparatosamente de costado.

Mellish descubrió el cadáver de Hoxie minutos después. Ni siquiera me atrevo a describir el aspecto que ofrecía; sería imposible. Y, además, muy desagradable.

En el lugar aproximado donde había visto desaparecer a Crofton bajo la avalancha, sólo quedaban algunas manchas de sangre. Pero su cadáver no fue hallado.

Tampoco apareció Gunnigan.

Mellish y Ward penetraron finalmente en el casco del barco, mientras Jerry permanecía en la grada conmigo.

Volvieron a salir momentos después.

—Nada. Hemos encontrado el camarote que Madison indicó. Pero está vacío. Al igual que el resto del barco —dijeron.

Volvimos al coche. Colbert descolgó el radioteléfono del panel e hizo una llamada.

—El inspector Davis viene hacia acá —dijo al cabo—. Esperaremos unos minutos.

Poco después llegó Davis.

Después de ser informado por Colbert, se me quedó mirando con expresión severa.

—Ha expuesto su vida de forma ridícula, Madison. ¿Por qué no permaneció al margen de este asunto al comprender que era demasiado peligroso? —me reconvino.

Los labios, partidos e hinchados, me dolieron al reír amargamente.

—¿Al margen? —exclamé—. No fui a buscar a Marquand, inspector. Se lo repetiré: Sabotearon mi automóvil y me secuestraron de entre sus restos. ¿Cree que es agradable tener una

pandilla de asesinos tras mis huellas?

—Le protegeremos —aseguró—. Aunque no tenga muchos motivos para sentirme generoso con usted.

—Se refiere a mi reportaje filmado, ¿no es eso? —pregunté, sabiendo que había dado en el blanco.

—Lo ocultó a sabiendas de que el FBI hubiera hecho buen uso de él, Madison.

—Lo siento, inspector. Yo trabajaba para un cliente y estaba obligado a guardar silencio. Ahora las cosas han cambiado. Teade no era Teade, sino Lucky Bachilli. Supongo que les sonará el nombre, ¿eh?

Me sometió a un interrogatorio exhaustivo, aunque considerando mi desastroso estado físico, me permitió hablar cómodamente instalado en el coche.

Después, Davis solicitó un equipo de huellas y dejó a dos de sus hombres de guardia en el astillero.

—Déjenme en el hotel Burbank —les pedí, confiando en que después de veinticuatro horas de descanso me sentiría bien.

Accedieron. Pero yo había confiado excesivamente en mi resistencia física.

Lo comprobé cuando llegamos ante el hotel y fui a apearme.

Las contusiones que cubrían mi piel se habían enfriado y mis articulaciones parecían hechas de piedra pómez.

Apoyé los pies en el suelo y... caí pesadamente.

Fue Colbert el que corrió en mi ayuda.

Davis me miró con severidad y aseguró:

—No está en condiciones de jugar con su salud, Madison. Le guste o no, voy a llevarle al hospital. Y no saldrá de allí hasta que me haya convencido de que se encuentra bien. Voy a ordenar que dos policías monten guardia constantemente ante la puerta de su habitación.

Intenté resistirme, pero no me valió de nada.

Por otra parte, la paliza que me habían dado me había dejado materialmente baldado.

Hacia el amanecer, Duke Madison era depositado sobre una cama, después de haber aguantado los empalagosos cuidados de una enfermera vieja y sonriente.

Me quedé dormido inmediatamente.

Cuando desperté era de noche. Habían transcurrido casi veinticuatro horas y me sentía hambriento.

Sobre la metálica mesilla de noche blanca había un ramo de gardenias.

Pulsé el botón del timbre.

Poco después aparecía una enfermera. Por fortuna, más joven y menos empalagosa que la que me había atendido el día antes.

—Ha recibido un verdadero aluvión de llamadas telefónicas durante todo el día, señor Madison. Pero las órdenes que recibí fueron las de no despertarle para nada. Ahora le traeré unos emparedados y una botella de leche —dijo.

—Esas flores —exclamé—, ¿sabe quién las envió?

—Lo siento. Estaban sobre la mesilla cuando tomé mi turno.

Comí con auténtico apetito.

Y volví a dormir como un lirón.

A la tarde siguiente, la enfermera me anunció que mi hermana vendría a visitarme.

Aunque no había sido dada de alta, el médico de su sala la había autorizado a verme.

Apareció sobre mía silla de ruedas poco después. Estaba muy pálida, pero sonreía animosamente.

—Pobre hermano mío —murmuró al ver mi rostro lleno de tafetanes y hematomas—. Siempre temí que algún día te ocurriera algo parecido. ¿Por qué no abandonas de una vez esa peligrosa profesión de detective?

Tomé sus manos entre las mías, vendadas, y las apreté emocionadamente.

—No lo haría por nada del mundo, Gladys. Y menos ahora —contesté.

—¿Por qué? —preguntó, mirándome dulcemente.

—Porque los hombres que me pusieron así fueron los mismos que estuvieron a punto de matarte, Gladys. No, no fue un loco gamberro el que te atropelló. Lo hicieron premeditadamente, en venganza por mi intervención en el caso de la discoteca Sangri-Lah...

Se lo conté todo.

Tal vez no debiera haberla asustado, pero quería que tanto ella como su marido viviesen alerta.

—Debes convencer a Ted para que solicite sus vacaciones. Ahora precisamente, Gladys —exigí.

Me costó mucho trabajo convencerla. Pero tanta la rogué, que ella accedió a hablar con Ted al día siguiente.

No puedo olvidar su expresión de espanto cuando abandonó mi habitación. Pero yo había conseguido que se marcharan de Chicago por una temporada.

Ahora, Marquand no podría hacerme daño en lo más hondo. Mis únicos familiares eran Gladys y Ted. Lejos ellos, yo podría sentirme más tranquilo.

Aquella tarde llegó otro ramo de flores.

La enfermera no sabía quién las había enviado, pero me las arreglé para llevar a cabo una pequeña investigación del hospital.

Al final, obtuve éxito.

—Se trata de una joven. En el registro tomaron su nombre. Se llama Jenny-Ann Jasper. Trató de visitarle, pero los policías de la puerta tienen instrucciones para no dejar penetrar aquí a otra persona que su hermana, señor Madison —me informó la enfermera.

Al día siguiente solicité hablar con el médico que se ocupaba de mí, el doctor Grayson.

—Me siento muy bien, doctor. Quiero que me den el alta —solicité.

Sonrió. Pero movió negativamente la cabeza.

—Su estado no es completamente satisfactorio, si bien está recuperándose rápidamente —respondió.

—Usted no lo sabe bien, doctor. Soy yo quien recibió los golpes. Y sé que puedo abandonar el hospital.

Pero se encerró en su negativa.

Malhumorado, me tuve que rendir a la evidencia: Chester Davis andaba tras el asunto.

Al atardecer, tras una prolongada y tranquila siesta, pedí a la enfermera que me trajera el Chronicle, en su edición de la tarde.

En la sección de sucesos venía la noticia que tanto me dio que pensar hasta que dos días después el doctor Grayson se aviniese a certificar que me encontraba totalmente recuperado.

La residencia campestre de Lucky Bachilli había quedado reducida a escombros al producirse una violenta explosión de

origen desconocido.

Bachilli había salvado la vida por pura casualidad: treinta segundos antes de producirse la explosión había salido al jardín a fumar un cigarrillo.

Según el periódico, la onda expansiva le había derribado más allá de los setos del jardín. Pero, milagrosamente, Bachilli apenas había sufrido unos rasguños sin importancia.

Sonreí.

«Una violenta explosión de origen desconocido», afirmaba el reportero. Pero yo sabía muy bien de dónde había partido la orden de volar la lujosa residencia de Bachilli.

¿Quién, si no Jack Marquand, podría desear fervorosamente la muerte del hombre que le había puesto en peligro de ser capturado por los G-men

en el Sangri-Lah y, posteriormente, en su refugio del astillero?

Aquella misma tarde recibí la visita de Chester Davis.

Protesté enérgicamente ante él por la negativa de sus agentes a dejar pasar a Jenny-Ann Jasper a mi habitación.

Y exigí que su orden fuese revocada.

—No será necesario. Mañana recibirá el alta. Un consejo saludable, Madison: váyase lejos de Chicago durante una temporada. El FBI se encargará de proseguir sus investigaciones. No vuelva a entrometerse en este asunto. —Fueron sus últimas palabras.

No bromeaba al hacerme aquella advertencia. Yo sabía que el FBI podía encarcelarme si me inmiscuía en un asunto que caía dentro de los planes de la Oficina Federal.

Todo aquello era muy razonable. Pero también yo tenía mis planes al respecto.

Aguardé impacientemente hasta el día siguiente.

Abandoné el hospital a las diez de la mañana, después de haberme asegurado de que mi hermana sería dada de alta un día después.

En la puerta estaba aguardándome una linda jovencita que vino hacia mí al divisarme.

Era Jenny.

CAPÍTULO XIII

Estaba muy bonita. La sonrisa que me dirigió nada más verme me produjo cosquillitas de placer en el estómago.

La miré a los ojos y noté que algo había cambiado en ellos.

Ahora eran serenos y vivaces, de un azul muy claro. No había ojeras en sus ojos, ni sus párpados estaban abultados como la primera ocasión en que la vi.

Le di las gracias por las flores y volvió a sonreír.

—Fui a verle al hotel Burbank, Duke. Clive Edwards me informó del percance que le trajo al hospital —dijo.

—¿Por qué ese antipático «usted» ahora, Jenny? —la reconvine amistosamente—. ¿Somos amigos o no?

—No lo sé. Sólo nos hemos visto durante unas horas, Duke. Además...

—¿Qué?

—He sabido que eres... detective —confesó, mirándome rectamente.

Puse una mano sobre sus hombros y descendimos lentamente la escalera de acceso al vestíbulo del hospital.

Disimuladamente, dirigí una ojeada a los alrededores, temeroso de que alguien estuviera aguardando mi salida del centro hospitalario.

Por fortuna, todo parecía normal. Hacía sol, hasta mi nariz llegaba el aroma de las flores mezclado con el perfume que emanaba del cabello de Jenny.

Me sentía extrañamente alegre y satisfecho. Como si acabase de resucitar, exactamente.

—Y bien... —dije, mirando la bella línea del cuello de Jenny. ¿Qué importa eso? Me refiero a mi profesión.

—Pensé que tú no estarías muy dispuesto a cultivar tu amistad con una chica de... discoteca. Sé todo lo que ocurrió allí, pero juro

que ignoraba la mayor parte de las cosas que allí sucedían, Duke. ¡Toda esa horrible historia de las drogas!... Además, un *gangster* se refugiaba allí, según dijeron los periódicos.

La miré a los ojos. Sentía gran placer al hacerlo, pero ahora quería profundizar en ellos y comprobar si era sincera al hacer aquellas afirmaciones.

No vi ninguna sombra en ellos y suspiré levemente, como si me quitasen un gran peso de encima.

—¿Qué harás ahora? —pregunté—. Supongo que tendrás que buscarte un empleo...

Antes de decir aquello, yo estaba decidido a ofrecerle uno.

Por ello la desilusión que sentí cuando Jenny contestó debió traslucirse en mis facciones.

—¡Oh, no! Lo tengo ya. Fue ayer mismo cuando me llamaron de la agencia de colocaciones. ¿Sabes que hice unos cursillos de enfermera? Pero, claro, no lo sabes... Sabes tan pocas cosas de mí...

—Estamos en las mismas condiciones —confesé tristemente—. Pero sigue explicándome lo del empleo.

—Es magnífico. Se trata de prestar mis servicios como enfermera y señorita de compañía de un caballero que convalece de una grave operación. Ayer mismo fui a visitarle. Vive en un lujoso edificio cercano a Marina City. Me aceptó inmediatamente. Ganaré mucho dinero. Mil dólares mensuales, Duke. Por lo demás, mi trabajo es sencillo y nada fatigoso. Me limito a leer para él algunos ratos, a conversar... Es educado, me trata con delicadeza y respeto y parece ser muy rico e importante. No recibe visitas de ninguna clase... Pero ¿qué te ocurre, Duke?

Se había detenido y me miraba con curiosidad e inquietud.

Traté de no mirarla a los ojos para no delatar mi frustración.

—Nada, no te preocupes. Me dieron una buena paliza y aún me siento débil —mentí—. ¿Por qué no sigues hablando?

Ella se encogió de hombros.

—Bueno... Poco hay que añadir. Mi trabajo empieza a las once y termina a las ocho de la tarde. El señor Dugam dispone de un valet que le viste y le sirve las comidas. Como verás, mi trabajo es muy cómodo y bien remunerado.

—Pero cuando ese señor Dugam esté bien —dije, con una pizca de esperanza—, tendrá que despedirte. Entonces...

—Oh, no temas. Me dijo que pensaba retenerme durante algunos meses. Es viudo y se siente solo. Por lo demás, no aguanta a los pocos amigos con los que se relaciona. Dice que le gusta mi voz cuando leo y que valdría la pena pagarme sólo por el placer de escucharme. Como ves, es demasiado bueno y amable.

¿Por qué me sentí tremendamente celoso entonces de aquel desconocido míster Dugan?

—¿Seguiremos viéndonos? —pregunté.

Ella sonrió deliciosamente.

—¿Por qué no? Terminó a las ocho de la tarde, Duke —respondió.

—He recordado algo, Jenny. Hace unos años murió un gran piloto de automóviles. Creo recordar que se llamaba Briam Jasper. ¿Era familiar tuyo?

Su alegría se veló.

—Era mi esposo —confesó, con un brillo húmedo en los ojos—. Su muerte constituyó un golpe terrible para mí.

—¿Le amabas? —pregunté, con voz ronca.

—Estoy segura de que le hubiera amado... si él no hubiera muerto. Briam fue muy bueno conmigo. Nos conocimos en un club de baile. Yo trabajaba allí como taxi-girl.

Ya sabes: bailaba a cambio de un *ticket*, como en Sangri-Lah. Briam se enamoró como un chiquillo y me pidió que me casara con él. Estuvimos saliendo unas semanas. Le confesé que no le amaba, pero él insistió. Y nos casamos.

—¿No tienes padres, hermanos? —pregunté tontamente.

—No —negó—. Mis padres murieron cuando yo tenía apenas diez años. Fui a vivir con una tía, pero me escapé pocos años después. Fui a parar a un reformatorio para jóvenes y me aficioné a las drogas. Briam supo todo ello. Se propuso darme todo el cariño que yo no había recibido y apartarme de las drogas. Casi lo había conseguido cuando se mató. Entonces me sentí más desamparada que nunca. Y volví al vicio de los narcóticos. El dinero que cobré por la póliza de seguros de Briam lo agoté en... Bueno, ya sabes. Estaba arruinada. Por fortuna obtuve un empleo como enfermera en una clínica privada, pero me despidieron a los pocos meses: me sorprendieron robando unas ampollas de morfina...

Tomó aliento y me miró con angustia.

—Todos me recriminaban, me miraban como a una apestada. No encontré ningún nuevo empleo. El director de la clínica me había «marcado». Entonces tuve que bailar. De un club a otro, terminé en Sangri-Lah...

—Es una triste historia, Jenny. ¿Cómo has logrado ahora ese empleo de enfermera?

—Míster Dugam no quería una enfermera de hospital, sino una joven agradable y cultivada. Yo poseo algunos estudios, hablo francés y un poco de español. Tuvo en cuenta todo esto y me admitió, sin necesidad de que le mostrara mi título como enfermera.

La miré con ternura y con tristeza.

—Creí que sólo fumabas marihuana, Jenny. ¿Por qué no abandonas ese peligroso vicio?

—Estoy siguiendo un régimen especial, Duke. No he vuelto a inyectarme ni a fumar desde que dejé el Sangri-Lah. Pero es terrible. ¡Terrible! De vez en cuando me asaltan horribles estados de ansiedad. Entonces me siento débil como una niña y sólo ansío el alivio de las drogas... ¡Estoy sola para luchar contra mi ansiedad, Duke!...

Tomé sus manos de repente y las apreté entre las mías.

—No estarás sola, Jenny. Yo voy a estar contigo. Y lo conseguirás. Ya lo verás —aseguré.

La tomé por la barbilla y vi que sus ojos brillaban, llenos de confianza.

—Si tú me ayudas, podré, Duke, estoy segura —respondió, con voz trémula de emoción. Miró de repente el reloj y se alarmó—. Duke, tengo que marcharme. Son cerca de las once. ¿Cuándo podré verte?

Reflexioné.

Tal como estaban las cosas, no me interesaba volver al hotel Burbank durante una temporada.

De repente, recordé el Latín Motel de la señora Sturgis. Y decidí que aquél podía ser un refugio tan bueno como el que más.

Se lo dije.

—Estaré allí, Jenny. Ve a verme cuando quieras. Te estaré esperando. Y confía en mí —dije.

Me costó esfuerzo soltar su mano. Ella agitó la mano en gesto de

despedida y corrió airoso hacia la esquina para tomar el autobús.

Cuando ella desapareció, no pude impedir aquel vacío dentro de mí. ¿Es que me había enamorado de Jenny como un cadete?

Si mi hermana hubiera sabido la verdad sobre Jenny, de seguro que habría puesto el grito en el cielo oyéndome decir que quería a aquella jovencita.

En verdad, no parecía muy razonable enamorarse de una muchacha que poseía el vicio de las drogas.

Pero ella estaba luchando contra la tentación. Y merecía ayuda.

Eché a andar calle adelante hasta que divisé un taxi. Lo tomé y me dirigí hacia un garaje «Ford» situado en la zona portuaria.

Jerry Colbert había tenido la amabilidad de encargarse de todo lo relacionado con el asunto: había enviado una grúa a recoger el «Mustang» y se había entendido con la compañía de seguros, que pagaría todos los desperfectos.

Por fortuna, habían reparado rápidamente el coche. Guardabarros, paragolpes, una puerta y los dos faros habían sido cambiados por otras tantas piezas nuevas.

Lo habían vuelto a pintar y varios mecánicos estaban terminando de bruñirlo cuando entré a recogerlo.

Precavidamente me aseguré de que las tuercas de las ruedas estaban bien apretadas.

Tomada mi decisión de alejarme del hotel Burbank por una temporada, recogí mi coche y abandoné la ciudad, en dirección a Aurora Toll Road.

La señora Sturgis estaba en su cabina de mando, cuando llegué a la zona del Latín Motel.

Puso una cara muy rara cuando me vio, pero procuré tranquilizarla con una sonrisa.

—Buenos días, señora Sturgis. ¿Tiene libre la cabina número ocho? —pregunté amablemente.

—La ocho está ocupada. Pero tengo libres la siete y la nueve. ¿Cuál prefiere? —contestó.

—Deme la más alejada de la carretera. ¿Cuál es?

—La veintidós. Está arriba, sobre un montículo, rodeada de árboles. Un rincón pintoresco y sano, señor...

—Gordon Smith —mentí con facilidad—. Está bien, me quedo

con la veintidós. Le pagaré el alquiler de una semana, aunque es posible que esté más tiempo.

—Perfectamente. Dijo usted que era policía, ¿no es cierto? —inquirió, ladina.

—Así es. Pertenezco a la Brigada de Homicidios. Mi grado es el de teniente. Pero no vaya a ir diciéndolo por ahí a cualquiera —recomendé.

Compuso una mueca ofendida, pero yo me encogí de hombros.

—¿Hay algún lugar cercano donde se pueda comer? —pregunté cuando ya me tendía las llaves de la cabina.

—El restaurante de la estación de servicio Shell, a una milla en dirección a Aurora —respondió.

Ya salía de la cabina cuando me volví.

—Ah, señora Sturgis. Es posible que una señorita venga a visitarme al atardecer. ¿Tendría la bondad de guiarla hasta mi cabina? —Rogué—. Y puse un billete de cinco dólares sobre el mostrador para apoyar mi ruego.

Pero no lo tocó siquiera.

Por el contrario, me miró con sospecha en sus ojos de redomada chafardera y cruzó dignamente sus brazos sobre el opulento busto.

—Coja su dinero, teniente. Hay cosas que no permito a nadie. En mi negocio todo es limpio como la nieve. Si quiere entrevistarse con una cualquiera, busque otro sitio.

Comprendí que era su revancha por haberla amenazado con la cárcel la primera vez que hablé con ella.

Pero yo no estaba dispuesto a dejar las cosas así.

Puse cara de perro y hablé incisivamente.

—La señorita que vendrá a verme se llama sargento Jenny Jasper, de la policía femenina. Y para que lo sepa, señora Sturgis: nos trae aquí un asunto oficial altamente secreto. ¿Quiere que obtenga un mandamiento judicial para que el sargento Jasper pueda visitarme o va a portarse razonablemente? —terminé heladamente.

Parpadeó confusa. Y supe que la había impresionado.

—Bueno... Esto... Discúlpeme. Creí... —murmuró.

—Será mejor que no haga deducciones por su cuenta. Y escuche: sólo usted sabe que soy un policía. Le ruego que lo mantenga en secreto.

—Así lo haré —prometió. Pero el brillo de sus ojillos y la

excitación de que daba muestras desdecían sus palabras.

Volví al coche y conduje cuesta arriba por el empinado sendero que llevaba a la colina.

Al pasar ante la cabina número ocho, los visillos de una ventana se movieron. Pero entonces no le di ninguna importancia al hecho.

Detuve el coche arriba. En verdad, era un lugar encantador, fresco y sano.

Introduje la llave en la cerradura de la cabina veintidós y entré.

No era muy grande, pero disponía de un pequeño cuarto de estar amueblado, un dormitorio y un aseo. Junto al aseo existía una minúscula cocina, disimulada tras un tabique plegable.

Lo primero que hice fue descolgar el teléfono y marcar el número del hotel Burbank.

Me respondió un alterado Clive Edwards, que arrojaba chispas incluso a través del hilo telefónico.

—¡Fue una locura, una ridícula y descabellada locura permitir que un tipo llamado Duke Madison se instalara en mi hotel! —gritó en mi oído.

Traté de intercalar alguna frase, pero no me lo permitió. Viendo que continuaba chillando histéricamente, dejé el teléfono sobre la mesa y le dejé desahogarse mientras yo encendía un cigarrillo.

Al cabo de un minuto, tomé el aparato de nuevo y empecé a hablar.

—Ajá. Esperaba que te alegrases al saber que he abandonado el hospital. Por el contrario, no hago más que descolgar cuando empiezas a vomitar palabrotas. ¿Qué es lo que te pasa exactamente, querido Clive?

Me lo dijo, entre sollozos y maldiciones.

El día anterior, unos desconocidos habían penetrado en el hotel, aprovechando el pesado sueño de Wet Lennon.

—Me despertó una explosión en mitad de la noche. Cuando corrí hacia el pasillo, mis clientes corrían como diablos tratando de ganar el vestíbulo. Algunos, ni siquiera se preocuparon de ponerse los pantalones.

—¿Y bien? —inquirí, profundamente intrigado.

—Habían destrozado las puertas de tu *suite* y arrojado adentro algunas bombas de gasolina. El apartamento entero ardía cuando logré agarrar el extintor y correr escalera arriba. Estuve a punto de

morir asfixiado... Los bomberos tuvieron que terminar de apagar el fuego... ¡Todo ha quedado destrozado, Duke! ¿Y sabes quién es el culpable? ¡Tú y tus malditos embrollos! No hay quien me quite de la cabeza que se trata de una venganza. Al escuchar la explosión, Wet despertó y vio salir a tres hombres...

—Sigue —le rogué, aunque Clive parecía ahogado.

—Pues bien: dos de ellos eran los mismos que te visitaron unos días antes.

—¿Lufkin y Slade?

—¿Cómo diablos voy a saber sus nombres? ¡No me dejaron sus tarjetas de visita! Estoy arruinado, Duke. Tenía más de setenta clientes. Ahora no hay ninguno. Incluso la eterna señora Tribble se ha marchado. ¿Cómo continuar viviendo en un lugar tan peligroso? Todos temen que un día u otro la casa desaparezca barrida por una bomba atómica...

Continuó lamentándose en los más sombríos tonos, hasta que logré hacerme entender por él.

—Supongo que todas mis ropas, muebles y archivo han desaparecido —comenté.

—¿No te dije que no ha quedado nada? Incluso los tabiques se derrumbaron. Tendré que gastarme unos miles en la reparación. ¡Maldita... maldita sea la hora en que...!

—Cállate —ordené bruscamente—. ¿Es que no recuerdas que la *suite* entera, con sus muebles y enseres, está cubierta por el seguro que yo mismo pago cada año? A un detective pueden ocurrirle muchas cosas desagradables y yo lo tuve en cuenta. De modo que puedes dejar de lagrimar. El seguro correrá con todos los gastos.

—¿Es cierto, Duke? ¡Si es así... que Dios te bendiga, amigo mío!

—Ahora me bendices, hace un minuto me maldecías. —Gruñí, simulando enfado.

—Lo siento. Lo siento de veras, Duke. Dime lo que tengo que hacer y seré tu esclavo —se apresuró a decir Clive, condolido y arrepentido.

—Te mandaré una lista de las cosas que había en mi *suite* y otra con algunas cosas que quiero compres para mí. Estoy en el Latin Motel, 1556 de Aurora Toll Road. Me enviarás esas cosas aquí, incluso un revólver y una caja de cartuchos. La póliza de seguros está en el Banco. Te haré una autorización para que puedas

arreglarlo todo. Yo me quedaré aquí una temporada.

—¿Estás enfadado, no es cierto? Ya nunca volverás por aquí —gimió Clive.

—No seas estúpido. Se trata de una simple precaución, ¿comprendes? Adivino que esos tres pistoleros que destruyeron la *suite* no fueron ahí para apedrearme con bombones precisamente, Clive.

—Entonces... ¿seguimos siendo amigos?

—¡Qué remedio! No digas a nadie que estoy aquí.

Excepto a Bunny Halpin, si se acerca por ahí. Dile que me gustaría charlar con él un rato.

—¿Halpin?, ha venido todos estos días, mañana y tarde. Estaba preocupado por ti, Duke. Parecía esconder algo en la manga, pero no pude obligarle a hablar. Dijo que sólo quería verte...

—Bien. Avísale si va por ahí. Y no temas por tus clientes: volverán en cuanto hayan transcurrido unos días. Al fin y al cabo, no van a gozar de la confianza de un tonto como tú en todos los hoteles. Algunos de ellos, como la señora Tribble, te deben el hospedaje de todo un año —dijo ferozmente.

—Bien, Duke. Celebro... celebro que estés bien. Ojalá pueda ir yo mismo a llevarte esas cosas. Y cuídate —se despidió al cabo.

—De acuerdo. No olvides el revólver y la munición. Creo que me hace más falta que el aire que respiro. Te llamaré a la tarde —terminé. Y colgué.

Me sentía satisfecho.

A sus muchos defectos, Clive oponía un corazón de oro y una paciencia infinita. Valía la pena tenerle por amigo.

Salí de la cabina y respiré profundamente.

Tenía la seguridad de que aquel refugio iba a constituir un remanso de paz, donde podría reflexionar tranquilamente.

Como en muchas otras cosas, me equivocaba.

CAPÍTULO XIV

A la una, bajé a pie hasta la carretera. No descendí por el caminito que unía las distintas cabinas del motel, sino que atravesé el pequeño pinar en diagonal hasta alcanzar la autopista.

El sol apretaba de firme y el asfalto despedía fuego.

Cuando penetré en el *snack*, la frescura del aire acondicionado me recibió como una caricia.

Había unos cuantos camioneros en la barra despachando su almuerzo. Yo también pedí el mío y me fui con la bandeja a una mesa alejada, próxima al ventanal desde el que se divisaba la autopista.

Comí con apetito. Pero no me sentía demasiado tranquilo.

La noticia que Clive Edwards me había comunicado minutos antes suscitaba muchas ideas en mi mente. Desagradables, por supuesto.

Sin proponérmelo, me habían incluido en un juego mortífero, en el que yo hacía el papel de la pelota que va de mano en mano. —O mejor, de pie en pie—, recibiendo golpes.

Según Clive, eran Lufkin y Slade, más otro individuo, los que habían destruido mi *suite* del hotel Burbank.

Aquellos dos pistoleros cobraban sus dólares de manos de Lucky Bachilli, alias Teade.

¿Qué tenía Bachilli contra mí?

La cuestión podía parecer complicada, pero para mí tenía una explicación meridianamente clara.

Bachilli había lanzado a la policía contra el Sangri-Lah, apoyándose en las pruebas filmadas que yo había obtenido para él.

Posteriormente, Bachilli había escapado de la muerte por pura casualidad. Bachilli era inteligente y había deducido, como yo, que el ataque provenía de Marquand.

Y Marquand sólo podía saber ciertas cosas a través de mí.

Resumiendo: Bachilli había decidido que lo mejor era quitarme de en medio, con el fin de vengarse del «chivatazo» que me atribuía a mí.

Cierto que yo había informado a Marquand. Pero no tenía otra alternativa. Si hubiera resistido una hora más sin hablar, Marquand habría ordenado a sus pistoleros que me dejaran inválido a fuerza de golpes, para rematarme finalmente sin el menor remordimiento.

Primero la tomaba conmigo Marquand, del que había escapado por gracia de la Providencia.

De rebote, Bachilli quería vengarse en mí. Pero eso no significaba que me hubiera librado de la amenaza de Marquand.

Me pregunté dónde podría haberse refugiado el *gangster*. Pero tanto me daba: yo lo único que deseaba es que él no lograra encontrarme a mí.

Terminé mi almuerzo y volví al albergue.

Me acercaba a la colina, cuando vi los dos imponentes cochazos estacionados frente a la cabina número ocho.

En aquel instante, la puerta se abrió y tres hombres abandonaron la cabina y subieron a uno de los dos automóviles.

Debí quedarme blanco por la sorpresa.

Desde la colina a la cabina número ocho habría una distancia de no menos de setenta metros.

Así y todo, estaba seguro de que dos de los hombres que viajaban en el automóvil que rodaba hacia la carretera eran Stan Lufkin y Ben Slade.

Empujé la puerta de mi cabina y me derrumbé sobre un sillón.

¿Es que estaban buscándome? Pero ¿cómo habían logrado saber que me hospedaba en el Latín Motel?

Durante el trayecto desde el garaje, me había cuidado mucho de comprobar que ningún automóvil me seguía.

¿Quién era la persona que ocupaba la cabina número ocho?

Entonces recordé el número: era el 7-98-97, podía memorizarlo fácilmente.

Ni yo mismo sabía qué intentaba conseguir cuando me levanté y marqué aquel número en el dial.

Inmediatamente saqué un pañuelo del bolsillo y me lo coloqué ante los labios, con el fin de disimular mi voz.

Tardaron mucho en descolgar al otro lado del hilo telefónico. Pero al fin sonó el «clic» de la conexión.

—Diga.

Mis músculos se tensaron... ¡Era la voz de Malcolm Teade! Es decir, de Lucky Bachilli.

No puedo explicarme cómo conseguí hablar de corrido, pero lo hice.

—¿Glober Manufacturing? Soy Anderson. Quiero presentar una reclamación. Su última remesa llegó en condiciones vergonzosas. Devolveré la mercancía, con porte a su cargo. En el futuro, deberán cuidar...

—¡Idiota! —Rugió Bachilli, interrumpiendo mi perorata—. ¡Se ha equivocado de número!

—¿De veras? Si es así, discúlpeme —dije. Y colgué.

Aunque pareciera una broma absurda, Bachilli se encontraba a setenta metros de mí.

¿Para poder abalanzarse sobre mí en el momento menos pensado y asesinarme?

No me parecía lógico. Si Bachilli sabía que yo me alojaba en la cabina veintidós... ¿a santo de qué iba a esperar?

No. Bachilli se encontraba allí por otro motivo.

Lo comprendí de repente. ¡Bachilli tenía miedo, después de que una carga de explosivos destruyese su casa, matando a su mayordomo y a dos asistentas!

Sencillamente, había recordado el lugar que le había servido de refugio para relacionarse conmigo mientras me necesitó, y había vuelto.

Sentí ganas de reír a carcajadas. Pero no lo hice.

Porque no podía sentirme tranquilo durmiendo sobre un barril de pólvora. Si Bachilli o alguno de sus guardaespaldas me reconocían, un tipo al que conozco bien iba a pasarlo apuradamente.

Y ese tipo responde al nombre de Duke Madison.

A partir de aquel momento, no me separé ni un segundo de la ventana. Pero nadie salió de la cabina número ocho durante las dos horas que estuve espiando.

Clive apareció hacia las cinco conduciendo una furgoneta. Le vi cambiando unas palabras con la señora Sturgis, que señaló con el

brazo mi cabina un momento después.

Clive hizo sonar estrepitosamente el claxon al detenerse en la colina.

—¡Calla, por lo que más quieras! —le ordené, abriendo la puerta en una rendija—. ¡Vas a lograr atraer la curiosidad de demasiadas personas!

—¿Qué mosca te ha picado? —contestó, viniendo hacia mí—. ¿Es que no puedo manifestar mi alegría al verte entero?

—No me interesa que nadie se fije mucho en esta cabina. En la ocho hay un individuo que me haría picadillo gustosamente si supiera que vivo aquí —le confesé.

—¿Quién?

—El mismo que envió a tres forajidos a tu hotel, querido Clive. Se llama Lucky Bachilli y me guarda cierto rencor que yo no he merecido.

Se puso pálido, escuchándome.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer, Duke. Sube a la furgoneta. Te ocultaré atrás. Nadie te verá. Tú lo que necesitas es el calabozo de un cuartel de policía. Allí estarás seguro. Vámonos, ¿qué esperas?

—No pienso marcharme. Descarga esas cosas. Date prisa.

Me entregó un excelente revólver «Magnum 45» y un par de cajas de proyectiles. Luego salió y me trajo algunas conservas, pan de molde y ropas.

—Vete ahora —dije, nervioso.

—Pero... ¿crees que puedo marcharme tranquilamente, sabiendo lo que ocurre aquí? —se desesperó.

—No temas. Tal vez encuentre un método para... ¡Ya está! Tienes que ayudarme. De una forma muy sencilla, llamándome a este teléfono cada media hora. Si no te contesto, marcarás el número del FBI y pedirás hablar con Davis o Colbert. Diles todo lo que sabes, será suficiente. Pero sólo si yo no atiendo a tu teléfono. Anota el número.

Lo anotó, confuso y vacilante. Al final tuve que empujarle hacia la puerta y palmeé su espalda afectuosamente.

—Ve tranquilo. Gracias por todo, amigo.

Cuando Clive descendió hasta la carretera, volví a mi puesto de vigilancia.

A las ocho quince, cuando el sol estaba ocultándose, apareció un brillante y larguísimo «Lincoln-Continental» en el caminillo.

El lujoso automóvil se detuvo ante la cabina de la señora Sturgis. Al cabo de unos minutos vi descender a Jenny y el corazón me dio brincos de alegría en el pecho.

Estuvo ante la puerta de mi cabina poco después. Procurando no exponerme a las miradas de algún posible observador, la tomé por un brazo y la besé.

Me correspondió cálida y apasionadamente. Luego la llevé hasta la ventana y miré a través de los prismáticos que Clive me había traído.

El «Continental» aguardaba aún a la entrada del caminillo.

—Hermoso cacharro —me admiré—. ¿Quién te trajo? ¿Es que te esperan?

Jenny denegó con la cabeza.

—No. Le dije a mi jefe que tú te ocuparías de mí. El coche es de míster Dugam. Debió notar que me sentía impaciente por venir y se prestó a venir. El lugar le ha gustado tanto, que es posible que alquile una cabina para vivir aquí por temporadas.

Escuchaba a Jenny sin dejar de mirar hacia abajo.

Así pude observar que un nuevo automóvil tomaba el caminillo del motel y rodaba hasta detenerse ante la cabina número ocho.

Era el «Cadillac» gris en el que Lufkin y sus dos compañeros se habían marchado unas horas antes.

Los tres hombres se apearon del coche y desaparecieron por la puerta de la cabina ocho.

Entonces me volví hacia Jenny, que me contemplaba con asombro.

—¿Ocurre algo, Duke? Pareces preocupado —exclamó.

—Y lo estoy, querida, lo estoy. Creo que lo mejor será que bajes inmediatamente. El coche de tu jefe está todavía abajo. Según dijiste, él mismo te acompañó hasta aquí...

—Así es, pero no comprendo...

—¿Solo? —volví a preguntar, sin dejarla hablar.

—No. Su chófer conduce el coche. Se trata de un hombre llamado Larry. Un tipo muy alto y fuerte, aunque me disgusta la forma que tiene de mirarme.

De repente, la tomó por los hombros.

—¿Larry? ¿Con el cabello cortado a cepillo, mandíbula cuadrada, ojos muy juntos y nariz aplastada? —pregunté, mirándola fijamente.

—Ésa sería su más justa descripción. —Se maravilló Jenny, ingenuamente—. ¿Acaso le conoces?

Asentí. Mi garganta se había secado en cosa de unos segundos.

—Es más —dije—, probablemente conozco también a tu caballeroso señor Dugam. ¿Tiene el rostro vendado?

—No —respondió Jenny, con lo que he de reconocer que me desilusionó—. El vendaje se lo quitaron hace pocos días, según me dijo. Tuvo que someterse a una delicada operación de cirugía estética. Sufrió terribles quemaduras en el rostro. Fue un desgraciado accidente, ocurrido en una fundición de acero en cuya empresa míster Dugam tiene un buen paquete de acciones...

—Puro cuento —dije, con las mandíbulas tensas—. La verdad es que se sometió a esa operación para huir del acoso de los G-men,

pequeña. En realidad, el hombre que te contrató se llama Jack Marquand. Le persiguen por asesinato de un fiscal federal y otros crímenes no menos graves. Ahora me explico algunas cosas. Por ejemplo, que no te pidiera certificado ni otros documentos. ¡Dios santo, es toda una maldita casualidad!

Jenny me miró con el espanto en los ojos. Me dio pena verla tan asustada y la abracé.

—¿Por qué querías que me marchara, Duke? ¿Qué es lo que temes? —preguntó, haciendo acopio de valor.

Le expliqué la situación. La amenaza que suponía Bachilli y sus pistoleros.

De repente, la separé de mí y fui a atender el teléfono, que repiqueteaba en aquel momento.

Contesté a Clive y colgué.

—Tengo que preguntarte una cosa, Jenny —dije.

—Sí, Duke.

—Es muy importante que me digas la verdad, pequeña. ¿Hablaste a Dugam, o mejor dicho, a Marquand de mí? —pregunté.

Palideció terriblemente.

Fue a hablar, pero sus labios temblaban demasiado.

—¡Sí! —murmuró finalmente—. ¡Oh, Duke! He sido tan torpe e

irresponsable... Notó que me sentía impaciente por venir aquí. Con gran delicadeza, insinuó que tal vez estaba enamorada y deseaba reunirme con el hombre que me esperaba y que eso explicaba mi impaciencia. Sonreía bondadosamente y le dije la verdad.

—¿Qué fue lo que dijiste exactamente?

—Le hablé de tu arriesgada profesión. «Supongo que es su héroe, ¿no?», comentó, comprensivo. Y quiso saber tu nombre por si alguna vez necesitaba de tus servicios... ¡Ahora comprendo por qué calló como una tumba en cuanto pronuncié tu nombre! Me envió a la cocina a por un refresco y se quedó hablando con Larry, el chófer. Cuando volví, me dijo que tendría mucho gusto en traerme hasta aquí...

—Lo comprendo —asentí amargamente. Y volví a la ventana de un salto.

El «Continental» estaba en el mismo sitio. Obstruía, casualmente, la salida a la carretera.

—Vendrá hasta aquí, Jenny. Una vez me escapé de entre las manos de Marquand, pero esta vez va a ser difícil. Seguramente, espera refuerzos. ¿Dispone su coche de radioteléfono?

La respuesta de Jenny fue afirmativa. Yo podía deducir fácilmente que Marquand habría hecho ya una llamada a alguna parte y que dos o tres coches cargados de asesinos estarían ya en camino.

—Escucha, Jenny: tienes que marcharte inmediatamente. No es necesario que bajes por el caminito. Puedes descender a través del pinar. A una milla de aquí hay una estación de servicio y un *snack*. Llama a un taxi y ponte a salvo —dije.

Me miró suplicante. Y segura de sí misma.

—No puedo, Duke. Tú quieres ayudarme a mí. Yo estaré contigo, pase lo que pase —pronunció, con firmeza.

Sentí deseos de besarla apasionadamente. Pero no era momento apropiado, ustedes lo comprenderán. Insistí, pero Jenny era tan terca como yo.

Entonces descolgué el teléfono y comencé a marcar el número del FBI. Quizá hubiera una solución.

No la había. La línea estaba cortada, lo que significaba que Jack Marquand no iba a permitirme ni un respiro.

—Salgamos —dije—. Tenemos que tratar de escapar.

Abrí la puerta y salimos. En aquel momento el «Continental» se puso en marcha cuesta arriba. Detrás de él rodaban otros dos automóviles grandes. Tuvimos que recular aprisa. Un momento después estábamos de nuevo en la cabina, temblorosos y aterrados.

Se había hecho de noche, lo que venía a complicar nuestra situación.

Yo tenía el revólver en la mano y los bolsillos llenos de cartuchos.

—Escóndete, tírate al suelo —ordené al distinguir la luz de los faros de un automóvil que penetraba por la ventana.

Rompí un cristal y disparé dos veces contra el coche que se aproximaba velozmente.

El estampido de una ráfaga de metralleta me obligó a aplastar las narices contra el suelo.

Las luces se apagaron. Afuera sonaron pisadas sobre la arena. Lentamente, transcurrieron los minutos.

Luego, una sombra se proyectó sobre la ventana. Era una sombra humana, por lo que disparé velozmente hasta tres veces.

Sonó un gemido ahogado. La sombra desapareció. Ahora los otros estaban seguros de que no iban a poder entrar allí fácilmente.

En aquel momento, de abajo llegó el seco estampido de varias metralletas. No tuve que mirar por la ventana para convencerme de que aquel jaleo provenía de la cabina número ocho.

Marquand estaba aprovechando el tiempo. En un solo raid iba a eliminar a Bachilli y sus *gangsters* y al entrometido Duke Madison.

Sólo deseaba ardientemente una cosa: que Jenny salvara su vida.

Afuera no se produjo ningún movimiento. Transcurrieron quince minutos en la más absoluta calma.

Luego resonó el rumor de unos neumáticos que escalaban la pequeña cuesta que llevaba a mi cabina. Alguien gritó unas palabras incomprensibles. Junto a mí, Jenny respiraba entrecortadamente.

—¡Madison! —La voz de Marquand me obligó a encogerme de un respingo—. ¿Puede escucharme?

Dije que sí.

—Está bien. Tire ese revólver. Arrójelo por la ventana —me ordenó.

Me reí nerviosamente.

—Ni lo sueñe, asesino. Asómese un poco y le volaré la cabeza de un tiro —rugí, tan rabioso que hubiera desfigurado el rostro de Marquand a puñetazos.

—A su gusto. Pero si no obedece mataré a un amigo suyo. Se trata de Bunny Halpin. Venía de visita cuando le cazamos, en el caminillo. Pero, además, tengo otra proposición que hacerle: si tira el revólver, dejaré que la señora Jasper se marche libremente. Nada tengo contra ella.

Maldije con toda mi alma a Marquand. No confiaba en él. Se lo dije.

—Entonces la mataremos ante sus ojos, Madison. La tendrá muerta, junto a usted. Y suya será la culpa, recuérdelo. Tengo a seis hombres rodeando la cabina. No podrá escapar.

—¿Qué ha hecho con Bachilli? —grité rudamente—. ¿Lo asesinó?

Marquand lanzó una carcajada burlona.

—Digamos que le di su merecido. Estaba atiborrándose de comida cuando llegamos. Pero no perdamos el tiempo. ¿Va a entregarnos su revólver?

Miré a Jenny. Estaba muerta de miedo. Aun así, murmuró:

—No, Duke, no obedezcas. Moriremos los dos.

¿Cómo podía ser tan leal para conmigo? «Al diablo, nadie entiende a las mujeres», pensé. Y arrojé el revólver por la ventana.

Inmediatamente, una ráfaga de metralleta destrozó la puerta. Un patadón la abrió de par en par.

Encendí la luz y ayudé a Jenny a levantarse. Ella se abrazó a mí.

Así nos sorprendió Marquand. Sus hombres penetraron en la cabina con las metralletas preparadas a escupir plomo. Con ellos penetró Bunny. Estaba muerto de miedo, pero intentó una sonrisa.

—Te lo dije, Duke. No se puede jugar con los *gangsters* —murmuró.

Miré a Marquand. Vestía con sencilla elegancia. En cuanto a su rostro, habían hecho una obra de arte con él.

Yo había visto fotos de Marquand y sabía que su anterior rostro era vulgar y tosco, a excepción de los ojos.

El cirujano había hecho bien su trabajo. Había modelado una nariz recta, romana, perfecta. Había retocado los labios y había estirado la piel en la frente, mejillas y cuello.

Marquand debió darse cuenta de las ideas que pasaban por mi mente y sonrió.

—Fue una maldita casualidad que contratase a Jenny. Ella le trajo aquí sin pretenderlo —dije tristemente.

—No fue casualidad. La segunda vez que fue usted al Sangri-Lah destrozó nerviosamente entre sus dedos una cartulina, Madison. Era una tarjeta de visita, con su nombre y dirección. Una camarera la recogió. El detalle era sospechoso. Cuando usted y Jenny llegaron al hotel Burbank, uno de los barmen les siguió. Por eso contraté a la señora Jasper. Quería tenerle seguro para matarle cuando se me antojase —confesó fríamente, sin darle importancia.

—¡No es posible! —grité—. ¿Por qué no me eliminó entonces?

—Porque quería comprobar la veracidad de los ofrecimientos de Bachilli. Bachilli pretendía asociarse conmigo. Con ello solo trataba de salvarse. Pero yo sospechaba que él intentaría deshacerse de mí empleando sucios trucos. No se ufane, Madison: usted es poco importante. Yo podía encontrarle cuando quisiera. Jenny me ayudó, sin proponérselo.

—Entonces... —Comencé a decir desesperadamente.

Marquand se apartó unos pasos y dirigió una mirada a Gunnigan. Era la orden de ejecución.

Súbitamente, todo cambió como por arte de magia. Una metralleta surgió por la ventana y comenzó a vomitar plomo.

El bello rostro de Marquand se convirtió en una máscara sangrienta. Tampoco las balas respetaron a Gunnigan, ni a Crofton.

Por la puerta del dormitorio aparecieron cuatro hombres que empuñaban metralletas.

—¡Alto! Retrocedan hasta la pared y apoyen las manos en alto. Policía federal —gritó el animoso Jerry Colbert.

Hubo un momento de indecisión. Luego, los pandilleros que había contratado Marquand alzaron las manos y dejaron caer las metralletas.

Sonreí maravillado.

Acababa de comprender por qué los hombres de Chester acababan de llegar tan milagrosamente puntuales.

Recordé el encargo que le había dado a Clive: llamar cada media hora. Clive había llamado puntualmente y no había podido comunicarse conmigo porque... Marquand había ordenado destruir

las líneas telefónicas que partían de la cabina de la señora Sturgis.

Al destruir las líneas, Marquand, por sí mismo, se había condenado a muerte. Porque Clive llamó inmediatamente al FBI, informándoles de nuestra crítica situación.

Apreté contra mi pecho a Jenny y la besé con suavidad.

En cuanto a Bunny Halpin, seguía en un rincón, murmurando sin cesar:

—No se puede jugar con los *gangsters*, no se puede jugar con...

Tuve que zarandearle para hacerle comprender que estaba a salvo. Para entonces, los

G-men

habían sacado a los cuatro pistoleros de Marquand de la cabina.

Davis se entrevistó conmigo en la puerta.

Después de mirarme de arriba a abajo, suspiró:

—Debería enviarle a presidio, Madison. Le advertí. Pero usted...

—¿Qué fue lo que hice? ¡Abandonar el hotel Burbank y recluirme en este tranquilo albergue! Marquand y Bachilli hicieron el resto. Que me registren si he merecido esta reprimenda.

Chester Davis salió bufando, maldiciendo a los detectives entrometidos y qué sé yo a cuántas cosas más.

Jenny, Halpin y yo bajamos lentamente hasta el caminito, cuando ya los coches del FBI descendían hacia la carretera.

—¡Eh, eh, teniente! —gritó la señora Sturgis desde la puerta de su cabina—. Quiero decirle que nunca creí que fuera policía, en verdad, sino un *gangster*. Pero ahora, después de todo este jaleo, tendré que rendirme a la evidencia. ¡Cuénteme, cuénteme!...

Lancé una carcajada y empujé a Jenny al encuentro de la parlanchina y eterna chafardera.

Halpin nos siguió, murmurando algo en voz baja.

—No juguéis con los *gangsters*, no...

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



NOTAS

[1] Bunny: conejo, en inglés (N. del A.). < <

[2] I love Ibiza: Me gusta Ibiza, literalmente, en inglés. (N. del A.).
< <